

caridad no clame muy alto en todas partes y siempre; mientras no se descorra el velo que cubre tantas impiedades y tantos dolores; mientras el ojo de la opinion pública no penetre en los asilos piadosos; mientras los sufrimientos no se arrojen al rostro del que puede evitarlos, y dejen en él una marca indeleble de infamia.

Os dirán tal vez que el Estado es pobre, que la Beneficencia no puede tener lujo, que da *lo necesario*. ¡Lo necesario! Es bien elástica esta palabra; parapetados con ella podemos recorrer una escala casi infinita de injusticias y de penalidades. ¿Y quién fija su verdadera significacion? Los poseedores de lo supérfluo piden á los indiferentes la medida de lo *necesario* para los desdichados. La indiferencia mide, la felicidad toma nota, y la desgracia sucumbe. Son ya *necesarios* los termómetros en las caballerizas, y en establecimientos de Beneficencia donde habia *lo necesario* se han muerto de frio los enfermos, literalmente de frio. ¿Qué diriais si se

superiores, y esta hostilidad es extensiva á las personas que los visitan con ellos. Recorred hoy el Hospicio de Madrid con su Director, y no recibireis esos saludos forzados, esas miradas oblicuas, ese odio reflejado que hace tanto mal. Si entráis por ejemplo en el comedor cuando los niños van á comer, vereis cuantas manos se alzan con su media libreta, y cuantas voces argentinas dicen.—¿Quiere usted pan?—Los pobres no tienen otra cosa con que agasajaros. ¡Y cómo les agradeceréis el obsequio! ¡Y que de lo íntimo de vuestra alma les deseareis buena suerte! ¡Y con qué dificultad contendreis una lágrima! ¡Y cómo os ocurrirá la idea de comer de aquel pan, imaginando que como el bendito por la iglesia, tiene el poder de perdonar los pecados!

Con la suciedad y el abandono, han desaparecido las enfermedades, es tan difícil hallar unos ojos malos, como antes lo era ver algunos que no lo estuviesen. A todo esto contribuye mucho la abundancia de agua. Tiene actualmente el Hospicio de Madrid toda el agua que necesita, se ha construido un hermoso lavadero con todo lo necesario para hacer las coladas, donde se lava toda la ropa de la casa: y solo desde que existe puede decirse que los acogidos al Hospicio se ponen ropa limpia. Se han hecho obras en algunos dormitorios, escuelas para las niñas con la debida separacion de edades, las hermanas de la caridad ya no están acampadas, tienen su dormitorio bien acondicionado, su cocina, su comedor, su sala de labor, su oratorio, etc., etc. Hay una pieza que llama la atencion por su lujo, y es el lavatorio de las niñas, cuyo suelo es de mármol, las paredes estucadas, etc., etc. ¿Quién ha proporcionado los cuantiosos fondos que en todas estas obras se han invertido? ¿Quién ha buscado personas á propósito para que todas estas reformas se realicen? ¿Quién tiene todos estos cuidados paternales? El Sr. Marqués de la Vega de Armijo.

Sabemos que no hace el bien para que se diga, que oculta sus virtudes tan cuidadosamente como otros sus vicios, pero esperamos que nos perdonará el haberle denunciado con nuestra débil voz, al respeto y á la gratitud de las personas caritativas. ¡Suena tan dulce un nombre que se escucha entre las bendiciones de los desvalidos, que es imposible no repetirlo! Desdichada la época en que la bondad que escede ciertos límites puede pa-

encargase el presupuesto de una máquina al que no fuese mecánico, el de un camino al que no fuese ingeniero? Clamariais ¡absurdo! ¿Hasta cuándo los absurdos del mundo moral han de parecer menos repugnantes que los del mundo físico? ¿No es tiempo ya de comprender que la ciencia moral tiene verdades tan evidentes como las otras ciencias, siendo una de ellas que el egoísmo es mal apreciador de los sufrimientos ajenos? Solo la caridad puede formar el presupuesto de un asilo piadoso, porque solo ella *siente* las necesidades de los que allí sufren. Los indiferentes son en el mundo moral una especie de miserables, á quienes parece lujo todo lo que no es miseria, y ellos son no obstante los jueces de las necesidades del desvalido, y los encargados de remediarlas: apresuremos el día que ponga fin á tan absurda impiedad.

Mientras la caridad no penetre en los asilos de Beneficencia, no se obtendrá lo necesario, no se comprenderá siquiera, y habla-

sar desapercibida! Desdichado el pueblo que al ver escritos ciertos nombres no lee. *Aprende y consuélate.*

Es bien decir á los avaros que el actual gobernador de Madrid deja su sueldo en favor de los establecimientos de Beneficencia; á los ociosos, que halla tiempo para visitarlos frecuentemente; á los hipócritas que no consiente ninguna señal ostensible que patentice su bondad y sus beneficios. Las hermanas de la caridad quisieron darle una prueba de gratitud, escribiendo sobre la puerta de su habitacion, que habia sido hecha con el sueldo del Sr. Marqués. Llega este, vé la piedra en que el agradecimiento ha grabado su nombre, y manda quitarla inmediatamente: en vano se le ruega, es inexorable, la piedra se quita, y las hermanas la guardan. De vez en cuando sale del lugar á donde fué relegada, las virtuosas mugeres la sostienen en sus brazos contando su historia, y la inscripcion se lee con mucho mas interés y con mucho mas respeto que si estuviera sobre la puerta. La vista de aquel mármol blanco nos conmovió profundamente. Nuestra imaginacion lúgubre vió en él la lápida de un sepulcro con que tiene mucha semejanza. Nuestros ojos dejaron de leer las letras allí grabadas que sustituimos con este epitafio **REHUSO LOS ELOGIOS QUE MEREÇIA.**

El Marqués de la Vega de Armijo vá con frecuencia á los establecimientos benéficos, pero no tanto como desearia y ha comisionado á la Sra. Marquesa de Viluma para que visite el Hospicio. ¿Sabeis quién es la Marquesa de Viluma? Preguntádselo á aquella muger que sumida en la miseria prefiere su visita *sin nada* á la de otra que le lleve socorros materiales; á la inocente encarcelada que le debe su libertad y su honra; á la que ha sacado del abismo del vicio, y al borde de él y próxima á volver á caer, se detiene mas que por el temor de Dios, por el temor de afligirla; á la que le debe su honor, el de su familia y probablemente la vida; á la que padeciendo una tristeza congénita que ningun remedio alivia, se consuela al escucharla, y siente pasar sobre su corazon como un perfume de esperanza. Preguntad á todas estas criaturas, quién es la Marquesa de Viluma y ellas os lo dirán. Pero no, no lo podrán decir, vos lo adivinareis, porque al pronunciar el nombre querido, sus ojos llenos de lágrimas se volverán hácia el Cielo.

mos de lo necesario en el orden material ¿Cómo se proveerá pues á las necesidades del alma?

¿Quién sino la caridad sufrirá paciente las debilidades de la infancia y de la decrepitud? ¿Quién servirá de guía al niño en el camino de la vida, quién de apoyo al anciano en el que le conduce á la muerte? ¿Quién dará esas lecciones que solo el ejemplo hace provechosas, quién inspirará esos sentimientos que solo el amor inculca? ¿Quién hará mirar como sagrada la debilidad de la infancia, y de la vejez que hoy son un objeto de burla, y restablecerá la armonía que hay en los dos extremos de la existencia, hoy rota por culpa de todos en los asilos piadosos? ¿Quién espíará la oportunidad de dar una reprensión, una lección, un consejo? ¿Quién adivinará cuando entra una ráfaga de luz en las tinieblas de una conciencia extraviada? ¿Quién opondrá á los sofismas del mal las inspiraciones del corazón? ¿Quién sabrá cuando se puede leer con fruto la página de un libro devoto, ni cuando se puede recitar una oración al que ha muchos años que no se acuerda de Dios: ¿Quién tendrá esperanza de rehabilitar á la pobre muger extraviada, cuya vida parece como un naufragio que se ha tragado cuanto bueno habia recibido de Dios su alma, y como el mar, solo arroja el cuerpo en putrefacción? La caridad, solo la caridad. Aislándose de ella la Beneficencia, ni educa al niño, ni consueta al anciano, ni moraliza al enfermo; es como un cuerpo sin alma.

#### IV.

EXISTEN EN LA SOCIEDAD LOS ELEMENTOS NECESARIOS PARA CONSOLAR TODOS LOS DOLORES, NO HAY MAS QUE ARMONIZARLOS.

No se concibe sin dolor el mundo moral: las lágrimas son un elemento de su armonía, como las erupciones volcánicas forman parte de la del mundo físico: parece que ni la atmósfera ni el corazón del hombre pueden purificarse sin tempestades.

Imaginad si podeis un mundo sin dolores, y le vereis poblado de criaturas degradadas: ese bien que sin mezcla alguna de mal no envilece y deprava, no es el bien de la tierra, es la felicidad del cielo.

Buscad el origen de todas las virtudes; de todas las sublimes

acciones que ennoblecen la naturaleza humana, y le hallareis en el dolor.

¿Qué es el amor maternal sin sus penalidades y sus sacrificios? Un instinto grosero.

¿Qué es el amor sin sus inquietudes, sus recelos, sus melancolías y sus tormentos? Un deleite que envilece.

¿Qué es la amistad sin días de prueba? Una ilusión.

¿Qué es la virtud sin combate, la abnegación sin sacrificio, la compasión sin penas, el perdón sin ofensas, el arrepentimiento sin amarguras? Otros tantos imposibles.

Y cuando no esté divinizada la maternidad, ni purificado el amor, ni la amistad sea posible; cuando el hombre no sepa vencerse, ni sea capaz de sacrificarse, ni compadezca, ni perdone, ni se arrepienta, ¿dónde está el hombre moral? No existe, queda aniquilado.

El dolor entra como elemento tan esencial de nuestra naturaleza, que es no solo el origen de todo lo bueno, sino de todo lo bello. ¿Qué representan los cuadros sublimes? ¿Que os repiten los cantos inmortales? Qué os inspiran las divinas melodías? Dolores, siempre dolores.

Pero si el dolor enseña, prueba, enaltece, purifica y diviniza, también aniquila y deprava cuando ninguno le comprende, ni tiene de él compasión: el dolor que eleva la naturaleza humana es la obra de Dios, el dolor que la deprava es la obra del hombre, el primero es eterno, el segundo debe tener fin, y le tendrá.

Cuanto más reflexionamos, nos convencemos más de que la naturaleza no produce ni en el orden moral, ni en el físico, mal que no lleve consigo una suma mayor ó menor de bien. Aceptemos por que los hay, males *sin remedio*; pero rechacemos en nombre de Dios y de la razón los males *sin consuelo*.

¿Qué hay que hacer para consolar todos dolores? Querer, querer, y querer.

¿Cuándo estará reducida al silencio la degradada falange de los *imposibilistas*, que proclaman irremediables todos los males, por no tomarse el trabajo de remediarlos? La humanidad responde con lágrimas á los argumentos del egoísmo. Sus apóstoles hacen un cuadro lúgubre de la indiferencia de los dichosos, para concluir afirmando la imposibilidad de consolar á los desdichados.

Los hemos visto estos cuadros: mas, los hemos bosquejado; y no para negar la posibilidad del remedio, sino para medir la estension del mal, nos hemos dicho con amargura.

«Aquel hombre tiene un gran número de carruages de diferentes formas y dimensiones, que usa segun la estacion, el día, la hora ó su capricho: aquel otro pisa descalzo la nieve, y arrostra con la cabeza descubierta el sol de julio.»

«Aquel hombre viste sus habitaciones de seda, de brocado, de plata, de oro; aquel otro sufre desnudo el frio de Enero.»

«Aquel hombre tiene una multitud de criados para servir á sus caballos, criados que los peinan, los lavan, les bruñen los cascos y los perfuman: aquel otro postrado por la fiebre, no tiene quien le alargue un vaso de agua.»

«Aquel hombre gasta en localidades de teatros mil, dos mil, seis mil duros: aquel otro busca y no halla tal vez quien le de techo para guarecerse una noche borrascosa.

«Aquel hombre tiene en sus caballerizas termómetro, y calorífero, y alumbrado de gas: aquel otro se muere de frio en medio de la oscuridad mas completa.»

«Aquella muger vestida de batista, de raso, de terciopelo, de pieles, cubierta de perlas y diamantes, da bizcochos á una perrita que ya no quiere comerlos: aquella otra da lágrimas al hijo que le pide pan, lágrimas al que solloza buscando alimento en su pecho que ha secado el hambre.»

Estas cosas y otras muchas nos hemos dicho, porque este horrible paralelo puede prolongarse mucho, y nos hemos afligido por la humanidad; pero sin desesperar nunca de ella, ni calumniarla.

Cuanto mas meditamos, nos parece mas imposible extinguir las diferencias sociales, y mas fácil evitar los contrastes horribles. ¿Por qué medios? Por los que la naturaleza pone á nuestra disposicion, la naturaleza donde no se encuentra bien alguno sin mezcla de mal, ni mal sin mezcla de bien. Asi como en el alma mas pura hay siempre un punto negro, una sombra, vestigio indeleble del pecado original; en el corazon mas depravado queda tambien algo de noble, sagrado resto de su celestial origen. ¿Queréis ensalzar al hombre? Sus culpas le rebajan. ¿Queréis rebajarle? Le ensalzan sus virtudes. ¡Sublime y desdichada criatura con la mano en el abismo, y la frente en el Cielo!

Dejando á un lado algunos miserables que son como los contrahechos del mundo moral, cuyo número es muy corto, no hay hombre alguno por mas cruel, por mas depravado, por mas pueril que parezca, que allá en el fondo de su alma no tenga algun lugar recóndito, donde hallan eco las ideas generosas.

Todavía tiene lágrimas ese asesino, que ha hecho correr tantas; ese magnate que no ha enjugado ninguna. No os desaliente el gesto amenazador del uno, ni la insultante sonrisa del otro: espiad un momento oportuno, espiadle uno y otro dia y siempre, y vereis que entrambos son hombres aunque no lo parecen. Tomémonos el trabajo de observar, de meditar, y de sacar consecuencias. ¿Quién no ha visto, ó no puede ver escenas como las siguientes?

Un hombre está en capilla, ha sido condenado á muerte por crímenes inauditos, es un mónstruo: se le han ofrecido los auxilios espirituales, no ha querido escuchar á ningun sacerdote. Pocas horas antes de morir llama al Juez que habia firmado su sentencia capital con una profunda amargura, porque sin poder esplicársela experimentaba simpatía por aquel malvado. El juez llega, el reo le dice:—He estado pensando á quien podria pedir un favor, y me he acordado de usted. Dejó un hijo natural, su madre es mala, le abandonará, queda solo en el mundo, sin mas compañía que la infamia de mi muerte. ¿Querrá Vsted. ampararle?

—Se lo prometo á usted solemnemente—dice el juez conmovido, y una lágrima corre por el rostro contraído del criminal. Lágrima de amor y de reconocimiento, lágrima santa de un moribundo, que arrojada enfrente de la sangre vertida, debió pesar mucho en la balanza de la divina justicia.

En un dia terrible de Diciembre, y á través de mucha nieve, caminaba con dificultad una diligencia. Dentro iban un anciano, al parecer gran señor lleno de pieles y de fastidio, por no sabemos que vicisitudes que le obligaban á viajar de un modo tan plebeyo, una nieta suya como de cuatro años; una muger modestamente vestida como de cuarenta; y un hijo de esta muger como de nueve. La diligencia caminaba á paso de buey, detrás iba un carro, el carretero llevaba un niño pequeño cubierto de andrajos y muerto de frio. Entre el niño de la diligencia, y el del carro, se entabló por un pequeño hueco del cristal abierto furtivamente, el siguiente diálogo.

—¿Tienes mucho frio?

—Mucho, ya no lo puedo aguantar.

—¿Por qué no te pones en el carro, y te tapas con aquella manta?

—Está toda mojada, mi padre me dice que ande y ya no puedo.

—Súbete aquí en el estribo, de este lado no viene nieve ni viento, el coche lo impide.

—¿Y á qué me agarro?

Yo te daré la mano... Se me enfria mucho, ya no puedo resistir mas, toma esta correa que sirve para bajar y subir el cristal, es ancha, y puedes agarrarte. Vas bien?

—Tengo cada vez mas frio.

—¿Lloras?

—Parece que me cortan los pies y las manos.—El niño de la diligencia dirigió á su madre una mirada que queria decir.—¿Por qué no dejamos entrar al niño del carro?—

La madre abrió la portezuela, y el niño entró acurrucándose en el suelo debajo de un cobertor.

Este era el claro del cuadro: el oscuro era el gran señor enojado porque se abrian los cristales, por donde realmenté entraba mucho frio, furioso cuando se abrió la puerta al pobre que á decir verdad, olia mal. Su cólera tomó grandes proporciones, hubo amenazas de recurrir á la fuerza para hacer valer el derecho que habia comprado de no viajar con mendigos; pero en el terreno de la fuerza no era muy seguro el triunfo. Dentro, estaban contra él todas las probabilidades, fuera el carretero tomaria parte por su hijo, y el mayoral no se sabia como entenderia el cumplimiento de su deber. Estas consideraciones y otras hechas por su compañera de viaje, con mas energía y lenguaje mas correcto del que podia esperarse de una muger *vestida de percal*, hicieron ceder al hombre de las pieles. Se limitó á fumar mucho para neutralizar el mal olor del pobre, á maldecir la fatalidad que le habia reunido con aquellas gentes, y á apartar su nieta y sus pieles de todo contacto con el cobertor y el vestido de percal: este hombre tenia un grande horror al algodón.

El dia habia sido malo de todos modos, el camino intransitable, el frio intenso, la comida un poco de pan y queso. Con un resto guardado por la prevision maternal para la merienda, el niño

del coche agasajó al niño del carro. El gran señor continuaba murmurando, el carretero bendecía á los señores de la diligencia, la muger á Dios que le habia dado un hijo bueno, y un corazon que no era malo.

Asi pasaron dos horas. La noche venia de prisa, la diligencia iba despacio, la nieve aumentaba, y en la misma proporción disminuía la fuerza del tiro, que al fin no pudo romper y el coche se paró: el delantero desenganchó el caballo que montaba y fué á buscar auxilio, el mayoral esperó en su puesto, el carretero esperó tambien, no podia hacer otra cosa ¿Y los viajeros? Era razonable esperar un auxilio que podria no venir ó venir tarde, cuando la noche se acercaba, la nieve seguia cayendo, no era posible encender lumbre, el coche ofrecia muy poco abrigo, y el hambre se hacia sentir? ¿No valia mas ir á pie al primer pueblo que distaba poco mas de un cuarto de legua? Sin duda, y todos trataron de ponerse en camino. La muger fuerte de espiritu, no débil de cuerpo, y al parecer familiarizada con toda clase de penalidades, se puso en marcha, su hijo de una constitucion atlética la siguió alegremente haciendo pelotas de nieve unas para tirar, y otras para comer, porque el queso estaba salado y le habia dado sed. El niño del carro reparado por el abrigo, por la comida aunque frugal, bien calzado con unos zapatos de su protector, y animado por la buena compañía, no se quedaba atrás. ¿Y el hombre de las pieles, débil por la edad y por el género de vida? ¿Y su pobre nieta con sus botitas de raso, sus piernas descubiertas, sus pantalones de batista guarnecidos de encaje, sus cuatro años, y su debilidad aristocrática? El anciano dirigió alrededor de sí una mirada llena de angustia, era materialmente imposible que su nieta fuese á pie hasta el pueblo, ni que él la llevase, y él queria mucho á su nieta. Mientras reflexionaba tristemente sobre lo que habia de hacer, la muger envolvió á la niña en un cobertor, y se la dió al carretero, que despues de haber recomendado sus bueyes y su carro al mayoral, la cogió como una pluma, y se puso en camino.

Todos le siguieron, el anciano con mucha dificultad, á pesar de las lecciones que para andar por la nieve le daba su compañera, que le habia desembarazado de una parte de las pieles que le estorbaban mucho. Llegados al pueblo, el anciano dió una moneda al carretero, que rehusándola dijo.— Yo no hé hecho nada de mas. ¡Po-

dia dejar la niña entre la nieve, cuando ustedes habian recogido á mi hijo con tanta caridad!— Esta sencilla espresion de la gratitud envolvia una terrible reconvenccion. El anciano se conmovió visiblemente, sus ojos se humedecieron, y añadiendo una moneda de oro á la de plata que habia sacado dijo.—Amigo mio, usted no me debe nada. Deme usted el gusto de admitir este dinero, compre usted un vestido á su hijo, y beba á la salud de sus protectores entre los cuáles *siento no estar yo*.— El carretero no comprendió estas palabras, pero sintió que aquellas monedas se le ofrecian de buena voluntad, no como un vil salario, y las tomó.

Sentados en el parador alrededor de un gran brasero los viajeros de la diligencia, el señor de las pieles, dijo á la muger del vestido de percal.

—Usted debe despreciarme señora.

—Ya no.

—¡Ya no! ¿Es decir que usted me ha despreciado? Ha hecho usted bien, comprendo que tiene usted razon.

—Nos hemos despreciado mutuamente, caballero, y los dos hemos hecho mal. Usted estaba prevenido contra los tejidos de algodon, yo contra los forros de piel; es un error en que espero que no volverémos á incurrir. Bajo cualquier trage puede haber un corazon elevado y compasivo.

Cuando al dia siguiente se separaron los cuatro viajeros, los niños se dieron un abrazo, los viejos se apretaron la mano, todos eran amigos.

Hemos referido estos hechos porque nos consta que son ciertos, y porque no tienen nada de extraordinario: cualquier observador puede hallar otros análogos que le convencerán de esta verdad tan evidente para nosotros. Que no hay hombre tan malo que no sea capaz de algo bueno.

La cuestion pues se reduce á organizar la Beneficiencia de modo que vaya á buscar *ese algo bueno* que tienen hasta los mas malos.

Llamad á todas las puertas. Hallareis criaturas privilegiadas, tres veces santas, que consagrarán al alivio de los desdichados su vida entera: otras que les darán un dia á la semana, al mes, una hora, un minuto. Otra habrá que no de la mas mínima parte de su tiempo, y acuda con un socorro pecuniario; alguno que apronte su contingente en forma de idea, de consejo, de proyecto. Re-

coged la ofrenda de cada uno, grande ó pequeña, dejad á Dios el cuidado de pesar su mérito, á vosotros no os incumbe sino aprovechar su utilidad.

Veis aquella gran señora, hermosa, perfumada, brillante, adorada, orgullosa? El tocador, el salon, el coche, el teatro, está es su vida. ¡Cuán lejos está de pensar que hay desdichados que se mueren de hambre y de frio, cuánto mas lejos aun de compadecerlos y consolarlos! La indiferencia abre un abismo entre aquella muger, y los infelices que á pocas varas sufren todos los horrores de la miseria. Asi discurre el que la ve, y se equivoca: aquella muger dedica muchos ratos, dias enteros á cuidar de los niños que no tienen madre, y gracias á sus cuidados y los de sus amigas, la mortandad de los niños de la inclusa ha disminuido de una manera increíble. ¡Va en coche á auxiliar á los miserables! Cierto. Pero al cabo, para los hombres, y probablemente para Dios, vale mas hacer bien en coche, que no hacer nada á pie, y la compasion en las altas clases es tanto mas meritoria, cuanto estan mas lejos de los males que compadecen. ¿Veis aquel mozalvete? Contempla complacido sus ajustadas botas de charol, echa una mirada de satisfaccion al gracioso nudo de su corbata, la combinacion de los colores de su chaleco le parece de gran efecto, su vigote está como pintado, consulta con el espejo la inclinacion de su sombrero, se declara irresistible, se pone los guantes, toma el baston y sale. Debe ser bien insustancial, bien fátuo.

¿Adónde irá? Deja las calles principales, luego las de segunda y tercera categoria, llega á un callejon, entra en una miserable casa. Sube á tientas una tortuosa y estrecha escalera. Allí se ofrece á su vista una escena desgarradora: se informa, adquiere pormenores, se compadece, consuela: pertenece á una asociacion piadosa. Cuando baja de aquella triste mansion, lleva sus mismas botas de charol, sus mismos guantes, su corbata, su chaleco, su vigote estan como estaban, y no obstante su aspecto es diferente, algo de grave ha sustituido á la fatuidad anterior: desde que se ha movido á compasion, ya no mueve á desprecio.

En la organizacion de la Beneficencia como en la construccion de una gigantesca máquina pueden utilizarse elementos muy diversos, piezas de una delicadeza suma, piezas toscas y groseras, grandes aparatos, y partes apenas perceptibles. Colocada cada cosa en

lugar adecuado, las diversas partes de mérito y valor diferente, contribuyen á la armonía del todo.

Se hace el bien por noble instinto, por la necesidad de buscar consuelo al dolor que causa ver sufrir á un desdichado: por amor de Dios; por un sentimiento de justicia; por espíritu de orden; por hábito; por vanidad, porque se sepa que se ha hecho; por debilidad, porque no se sepa que ha dejado de hacerse; por imitación. Pero el bien cualquiera que le haga es siempre bueno, utilízadle. No mandeis al egoísta que arrostre la muerte en una epidemia, ni las penalidades en un hospital; pero tomad su escudo de cinco duros, seguramente con él podeis comprar por valor de cien reales.

Cambiar la miserable naturaleza del hombre no es posible, utilicemos hasta donde nos sea dado sus debilidades dirigiéndolas hácia el bien.

Hemos oido censurar una escena que se representa en los templos el Jueves y Viernes Santo. Las damas cubiertas de brillantes y de encajes piden para los huérfanos de la inclusa. Sus amigos por vanidad, por compromiso, arrojan en la bandeja una moneda de oro, un billete de banco. Se establece una especie de competencia en que toma parte el amor propio, sobre cuál recogerá mas limosna. En muchos casos la cuestion se hará personal, la que pide recibe la limosna como un homenaje hecho á ella, el que da, la da en el mismo concepto: no siempre sucederá así, pero aunque sucediese. Cuando hace algunos años las señoras no pedian por Semana Santa, cuando no tenia la inclusa los miles de duros que esta cuestacion le lleva ¿eran menos vanas las mugeres, menos frívolos los hombres? ¿Empleaban mejor estos dias solemnes, consagrados por tan divinos recuerdos?

Dios nos libre de considerar la vanidad como uno de los principales motores en la organizacion de la Beneficencia; pero en muchos casos podemos mirarla como una rueda útil. No todos tenemos abnegacion y virtud, pero vanidad tenemos todos: es un dato que puede utilizarse.

El dolor es un indispensable elemento de la moralidad del hombre, pero á condicion de que se le compadezca, y se le consuele. ¿Cómo podrian faltarle los medios de llenar esta condicion sin la cuál se aniquila la vida del alma? El que puso al lado de cada necesidad un medio de satisfacerla, privaria á la humanidad de los

medios de utilizar el dolor que es una necesidad tambien? La lógica de la Providencia no se desmiente nunca, ni tienen escepciones sus reglas. Si es una de ellas como podemos comprobarlo por los hechos que no hay mal sin mezcla de bien, afirmemos sin vacilar que el autor de los dolores lo es tambien de los consuelos. El hambre halla sustanciosos manjares, la sed purisimas fuentes y las penas no hallarian compasion? El que ha dado á la humanidad medios de hacer á la naturaleza su tributaria, su esclava ¿le negaría el poder de enjugar su propio llanto?

Si no se concibe el hombre sin moralidad.

Si no hay moralidad sin dolor.

Si el dolor no moraliza sino en tanto que se compadece y se consuela. ¿Cómo suponer que han de faltar en la sociedad humana los elementos del consuelo y de la compasion? La razon niega á priori semejante absurdo, y la observacion de los hechos le niega tambien.

La humanidad es un compuesto de abnegacion y de egoismo; decirle prescinde de tu miseria y estingue tus dolores, ó de tu grandeza y no los consueles, es desconocerla igualmente.

Estudiando una serie cualquiera de penalidades se ve otra paralela de las simpatías que escitan; pero estas simpatías se pierden las mas veces como un sonido sin eco, ó como los rayos de luz que ningun aparato reúne en un foco. El hombre es un ser eminentemente pasivo, necesita casi siempre un impulso exterior que venga á poner en actividad sus facultades internas. Si esperais á que él os busque, esperaréis mucho tiempo en vano, pero buscadle y le hallaréis siempre.

La Beneficencia debe comprenderlo así, y tomando una generosa iniciativa, llegar á la puerta del bueno como un auxiliar, á la del mediano como un impulso, á la del malo como una reconvenccion. De todos puede sacar algun fruto, nada hay absolutamente inútil sobre la tierra. No desalentándose por ningun egoismo, no desdeñando ningun don por pequeño, no rechazando de la comunion de los compasivos á ningun hombre por malo que parezca, la Beneficencia puede alzarse poderosa. La flor que nos encanta con sus colores, nos deleita con sus perfumes, nos alimenta con su fruto, no vive solo de las aguas del Cielo, del aire y de la luz, repugnantes materias en putrefaccion contribuyen á su sin igual belleza.

## CAPITULO II.

HASTA DONDE DEBEN ESTENDER SU ACCION, EL ESTADO, LAS ASOCIACIONES  
CARITATIVAS, Y LOS PARTICULARES.

La accion respectiva del individuo, de la asociacion y del Estado, creemos que se deriva de los principios siguientes:

- 1.º En el cuerpo social como en el humano, el bien resulta de la armonía en el ejercicio de las diferentes facultades.
- 2.º Las facultades del alma como las del cuerpo se desarrollan con el ejercicio.
- 3.º La pobreza no es un crimen. El pobre no esta fuera de la ley.

### I.

EN EL CUERPO SOCIAL COMO EN EL HUMANO, EL BIEN RESULTA DE LA ARMO-  
NIA EN EL EJERCICIO DE LAS DIFERENTES FACULTADES.

¿Qué siente una criatura privilegiada por la inteligencia, y por el corazon, al ver la desgracia de un semejante suyo?

Siente un impulso instantáneo, ciego, que le hace acercarse á él para consolarle. *El instinto.*

Siente un impulso menos fuerte, menos ciego, mas constante, mas profundo, que le hace recordar al desdichado cuando ya no le vé. *El sentimiento.*

Medita, calcula, combina los medios de remediar aquella desgracia, desecha unos, admite otros, forma un plan. *La razon.*

Razon, sentimiento instinto, hé aqui los elementos del bien. Pero es muy raro hallarlos en un solo individuo, en las proporciones convenientes, y aun cuando se hallasen, la influencia de un individuo, personal y limitada, no puede transmitir la perfeccion de sus movimientos armónicos á la máquina social. Este cuerpo colectivo tiene tambien grandes elementos, que puestos en accion de un modo conveniente, dan por resultado la armonía.

El bien no varia de naturaleza porque sea mas ó menos estensa la escala en que se aplica. Para dar alivio al desdichado, la socie-

dad como el individuo, necesita simpatizar con el que sufre, dolerse de sus penas, meditar en los medios de aliviarlas; *instinto, sentimiento, razon.*

Al dar á la Beneficencia la organizacion conveniente, la razon debe estar representada por el Estado, el sentimiento por las asociaciones filantrópicas, el instinto por la caridad individual: he aqui los tres elementos que combinados deben producir la armonía.

Partiendo de esta base, á poco que se reflexione, se comprende lo que debe hacer el gobierno, la asociacion y el particular.

El cálculo, la direccion corresponde al Estado: *él debe* hacer todo lo que no *pueden* hacer los particulares ni las corporaciones, asi como estas *deben* todo lo que no *puede* aquel.

Al Estado corresponde decir cuántos establecimientos de Beneficencia ha de haber en cada capital, en cada partido: señalar locales, decir si son ó no buenas las condiciones higiénicas, formar ó aprobar los reglamentos porque hayan de regirse, fomentar las asociaciones caritativas, ir á buscar la caridad individual, estimularla por todos los medios, y utilizar sus buenas disposiciones.

Al Estado corresponde señalar los casos en que el individuo tiene derecho al auxilio de la sociedad, y asegurar garantías á la caridad privada, para que al dar limosna tenga seguridad de aliviar desgracias, y no tema fomentar vicios.

Si por ejemplo se tratase de plantear un hospital, veamos en que proporcion deben contribuir á esta buena obra los tres elementos de la caridad.

El Estado debe decir si el pueblo está convenientemente situado en la comarca, si el local lo está en el pueblo, y reúne las condiciones higiénicas indispensables. Debe proveerle de facultativos, y de todo el material necesario, siquiera no sea mas que ese *necesario oficial* tan mezquino y tan insuficiente, y dotarle con fondos para que no falte. Debe marcar á las autoridades la parte que han de tener ya en la vigilancia, ya en el auxilio que el establecimiento necesita. Debe crear asociaciones caritativas organizadas por secciones para que ya cuiden materialmente al enfermo, ya procuren moralizarle, ya inspeccionen la inversion de los fondos, ya vigilen la conducta de los empleados y facultativos, y que sirviendo de intermedio entre el individuo y el Estado, estimulen los esfuerzos individuales, reciban las ofrendas de la caridad privada, sirvan de

eco á sus quejas, de apoyo á sus esfuerzos, de auxiliar á sus meditaciones, de protector á sus proyectos. El Estado finalmente debe dar publicidad á lo que en el hospital pasa, de modo que se premie el bien, y se castigue el mal que allí se hace.

De cualquiera otro establecimiento benéfico puede decirse lo mismo, sin mas que las variaciones de forma que su objeto exija. La parte de estudio y meditacion, el Estado, la que necesita sentimiento, impulsos generosos, las asociaciones, el individuo. La Beneficencia con su ilustracion y su autoridad forma una especie de trama sobre la cual trabajan la filantropía y la caridad. Suprimid la caridad y la filantropía ó aisladas, y la obra del Estado es como un esqueleto descarnado, suprimid este esqueleto, y la obra de las corporaciones y de los individuos no tiene consistencia.

Creemos que llegará un dia ¡y plegue al Cielo que no esté lejos! en que se juzgue tan indispensable una asociacion caritativa para auxiliar y vigilar un establecimiento de Beneficencia; como hoy se juzga preciso un local para plantearle. Entonces aparecerán muy claras, y se palparán prácticamente las atribuciones de la Beneficencia, de la Filantropía y de la Caridad.

El Estado plantea un establecimiento benéfico, él solo dispone de todos los medios para que su organizacion sea perfecta, da reglas, establece reglamentos, impone deberes; esto *debe* hacerlo, pero no *puede* pasar de aquí. Si en el capítulo anterior acertamos á espresar nuestro pensamiento, poco nos resta que decir. La Beneficencia da al enfermo un local, una cama; un enfermero. La filantropía le da un amigo que vigila porque se cumplan los reglamentos del hospital, y las prescripciones del médico. La caridad le da un ángel de consuelo que espía sus necesidades y adivina sus dolores. Ese lecho incómodo, esas sábanas gruesas, esos cobertores delgados, constituyen á los ojos de la Beneficencia el *necesario* de la cama de un enfermo. Llega la filantropía y organiza su vigilancia, su protectorado; para egercerle los individuos de la asociacion filantrópica alternan. Llega uno que se limita á esta vigilancia, otro que se duele de la poca comodidad que aquella cama ofrece al paciente, un tercero que sufre viendo que en ella son doblemente dolorosos los padecimientos de la enfermedad. Quién nota el daño que la vista de un moribundo hace á su vecino enfermo, quién echa de ver el mucho frio, ó el mucho calor que hace en la sala;

este observa que está mal ventilada, ó que corre mucho viento; aquel se aflige al encontrar en la escalera del hospital, que á penas puede bajar, á un enfermo que acaba de recibir el *alta*, y que carece de abrigo, de pan y de fuerza; todos desean remediar el mal que ven y sienten. Estos impulsos individuales que aislados se perderian, comunicándose parece como que se multiplican por sus semejantes. Al entrar en el hospital, al salir, allí en los ratos en que no hay que hacer, se habla de estos males, se trata de su remedio. Uno propone una idea, otro la completa ó la modifica, por fin se hace presente á la asociacion. La asociacion es fuerte, su voz no se puede sofocar como la del individuo, hace oír su voz. Se arbitran medios: hoy se mejoran las camas, mañana se aíslan con un poco lienzo y unos bastidores. Se ponen unos cristales aquí, se abre una ventana allá, se da un socorro al pobre convaleciente que no tiene pan ni fuerza para trabajar.

Si de los hospitales se pasa á los hospicios, se verá aun mas en relieve la línea divisoria entre las atribuciones de la Beneficencia, la filantropía y la caridad. ¡La educacion tan delicada, la infancia tan débil en manos groseras y mercenarias!

La Beneficencia elige maestros, señala horas, reglamenta, establece la ley, que dado que sea buena es inflexible. ¿Quién responde del cumplimiento de esta ley? ¿quién le reclama? ¿Los pobres huérfanos? Desdichados si la asociacion caritativa no los ampara, para que la ley se cumpla, para que la ley se modifique, para que la ley se supla, porque no es posible preveer ni la mínima parte de los casos que ocurren en la educacion de un gran número de niños. Tratase por ejemplo de castigos, dice el reglamento se impondrán tales, quedan prohibidos tales otros. Pero si la filantropía no está de guardia se cumplirá ó no el reglamento, y aun ateniéndose á su letra ¿quién hara notar que es una crueldad en un dia muy frio un prolongado encierro para castigar á una criatura de constitucion débil? Si la caridad no estiende su mano ¿quién amparará al pobre niño que por alguna imperfeccion fisica, por su escasa inteligencia, por su carácter turbulento, se atrae el odio ó la burla? ¿Quién notará una causa atenuante en una falta que parece grave? ¿Quién hará valer la poca capacidad de uno, quién descubrirá en otro los gérmenes del talento, ó del génio, perdidos en aquella muchedumbre desamparada?

Las leyes, los planes, los reglamentos, son buenos, son precisos; mas no bastan por sí solos. El que con ellos crea haber hecho bastante para aliviar á la humanidad doliente y desvalida, algo se parecería al ingeniero que hecho el trazado de un camino mandase marchar por él. Sin trazado no puede haber camino, cierto; pero con trazado solo no se puede caminar.

Las atribuciones de la Beneficencia, de la filantropía y de la caridad estan en la naturaleza de las cosas, corresponden á tres facultades que en el cuerpo social como en el individuo se completan, y de cuyo ejercicio armónico resulta el bien.

## II.

### LAS FACULTADES DEL ALMA COMO LAS DEL CUERPO SE DESARROLLAN CON EL EJERCICIO.

La sociedad, el legislador que obra en su nombre no puede hacer nada indiferente, la ley que no hace mal hace bien, la que no hace bien hace mal, su papel no es nunca pasivo, no puede serlo, por manera que hay que sumar á los males que hace, los bienes que deja de hacer. Meditemos bien, y nos convencerémos de que tarde ó temprano resulta un mal grave, del bien que dejó de hacerse.

Aplicando estos principios al asunto que nos ocupa, verémos que la Beneficencia desconociendo los limites que no le es dado pasar, y juzgando que puede existir sin la filantropía y la caridad, no solo se priva de un bien positivo, sino que arroja en la sociedad la semilla de grandes males, semilla que fructifica de una manera cruel.

La Beneficencia recoge al enfermo, encierra al mendigo. El bello ideal de la caridad es que no haya dolores, el de la Beneficencia que no se vean. Quita pues al pobre de la vista del público.

Este público no vé pobres por las calles, si los vé representan *un abuso*, hay asilos donde deben estar, son vagos, viciosos, holgazanes, pícaros que fingen dolores y enfermedades y desdichas: el público es razonable, no da limosna. ¿Cómo estan esos asilos piadosos? El público no lo sabe, nadie se lo dice, supone que estarán bien, ó no supone nada.

Estábamos sentados una mañana en un paseo público: vino á colocarse á nuestro lado un hombre que por su traje y modales pa-



recia pertenecer á la clase media. De carácter esparisivo al parecer, no podia estar mucho tiempo al lado de otra persona sin dirigirle la palabra, y á propósito del polvo que levantó un carruage, entramos en conversacion que fué todo lo insignificante que podia ser durante cinco minutos, al cabo de los cuales se puso á pedir cerca de nosotros un mendigo mutilado, le faltaban los dos brazos. A poco pasó y le dió limosna una muger, cuyo exterior no revelaba una posicion muy desahogada: esta accion hizo esclamar á nuestro compañero de banco.

—¿Por qué habia de consentirse esto? ¿Por qué tunos, como el que tenemos enfrente, han de explotar la compasion crédula y ciega de pobres mugeres como aquella, mas necesitada de seguro que este vigardo, á quien socorre?

—Pero está impedido, le replicamos.

—¡Impedido! Como Vd. y como yo.

—Vea Vd. que le faltan los dos brazos.

—Le conozco bien, los tiene tan enteros, y tan sanos como los míos. Repare Vd., el nacimiento del brazo está perfectamente redondo. ¿Cómo se hizo la amputacion que no quedó muñon, ni resto alguno del miembro? Y aunque quiera suponerse que se separó por la articulacion uno de ellos, ¿cómo habia de hacerse con los dos la misma idéntica operacion? ¿Qué bala ó proyectil lleva los dos brazos sin destruir el cuerpo que los sostiene? Me consta por una casualidad que ese tuno se hace fajar los brazos á lo largo del cuerpo, rellenar con algodón los huecos que dejan, y poner esa chaqueta de bayeta que Vd. vé. El resultado es parecer un poco mas grueso, y como es alto, tampoco se nota.—En efecto, ahora que Vd. me lo hace reparar, veo que esa mutilacion debe ser simulada. Pero si á Vd. le constaba ¿cómo no dió cuenta de este abuso?

—¡Cuenta! ¿A quien? Hablé un dia de este engaño con el Comisario de policia, que es mi vecino, y me dijo que nada tenia que ver con él. Por otra parte, si supiera este truhan que yo trataba de descubrir su impostura, puede que le ocurriese sacar los brazos que tiene escondidos, y emplearlos contra mi. Explote en paz la compasion irreflexiva, que ni á mi me pagan por desenmascarar bribones, ni por uno mas ó menos han de ir las cosas mejor.

—Tiene Vd. razon. ¡Pero cuanto daño hacen estos impostores á los verdaderos necesitados!

— ¡Incalculable! Yo he tenido unos cuantos desengaños, y ya no doy nunca limosna.

— Será razonable, y con todo parece duro. Sabemos que hay muchos, muchísimos seres cerca de nosotros que carecen de lo necesario, y no darles siquiera una pequeña parte de lo que nos sobra... — Cierto. Yo he estado dando muchos años al establecimiento de Beneficencia D." un día me dió gana de acercarme á él. ¡Qué comida! ¡qué camas! ¡Qué modo de tratar á los acogidos! Al mes siguiente, cuando fueron á llevar el recibo de la limosna que solía dar, le devolví, y no he vuelto á dar nada á ningun establecimiento de Beneficencia.—

Este hombre representaba al público con una triste exactitud. No se da en la calle por temor de dar á vagos é impostores, y por que hay establecimientos de Beneficencia para los verdaderos necesitados; no se dá á los establecimientos benéficos, porque ó no se recuerda si existen, ó se sabe que estan mal montados, que hay dilapidacion etc., etc.

Queda el recurso de buscar al verdadero pobre. ¿Pero cómo exigir esto siempre de la caridad privada? ¿El individuo tiene tiempo, tiene medios, tiene voluntad de dedicarse á esta investigacion? El hombre no es tan malo que se niegue á hacer bien cuando le cuesta poco trabajo, ni tan bueno que le haga, si para ello necesita un esfuerzo penoso. Estraña filosofía la de una Beneficencia que desespera de él, ó le pide imposibles.

Hay criaturas privilegiadas para la virtud que sintiendo la sublime necesidad de hacer bien, buscan y hallan los medios de hacerle; su número por desgracia es muy corto: hay otras que se duelen de que una organizacion mejor no les permita hacer el bien que desean: el mayor número se olvida de sus hermanos que sufren; las hipócritas seguridades de la caridad oficial, dejan al egoismo la ventaja de mantenerse indiferente sin parecer cruel.

La anarquía en las ideas y en los sentimientos produce un estado de interinidad bien fatal en todos los ramos, y sobre todo en el de Beneficencia. La antigua caridad que daba en las calles, y á la puerta de los conventos desapareció, ó se halla profundamente conmovida, la caridad bajo su nueva forma no se halla organizada. Entré tanto el desdichado no recibe socorro, y lo que es mas grave todavia *el dichoso se acostumbra á no compadecer.*

Todas las facultades del hombre, morales y físicas se desarrollan con el ejercicio, se enervan, hasta desaparecen con la inacción. Todo el mundo sabe que la memoria se aumenta estudiando, que el entendimiento se *cultiva*. ¿Por ventura *no se cultiva también la voluntad*? ¿Esta facultad del alma obedece á distintas leyes que las otras?

¿Qué diferencia hay entre aquel gimnasta que nos asombra con sus fuerzas, y aquel hombre físicamente débil que le contempla? La educación: el uno ha aumentado su fuerza ejercitándola, el otro la ha dejado debilitar en el reposo.

¿Qué diferencia existe entre aquel mecánico, que acaba de montar una máquina de vapor, y aquel hombre que lleno de grasa y tiznado atiza la caldera? El uno ha ejercitado las facultades del entendimiento, que el otro dejó en inacción.

¿Qué diferencia hay entre aquel niño afectuoso que se compadece de los pobres, que quiere darles cuanto posee, que está lleno de sentimientos generosos, que necesita dar y recibir caricias, que vive de amor; y ese otro que ningún dolor conmueve, que se complace en el mal, que forma proyectos de venganza? El uno tiene madre que le adora, le enseña que los pobres son sus hermanos, hijos como él de Dios, que podía haberle puesto en el estado que ellos tienen, y le pedirá cuenta de no haberle mejorado pudiendo: tiene madre que se complace en poner en su pequeña mano la limosna que él da lleno de alegría: el otro es huérfano, nadie le ha enseñado á querer queriéndole. Las facultades amantes del uno están ejercitadas, las del otro duermen en la inacción, nunca se despertarán: no hay mas diferencia, y basta para que parezcan criaturas de naturaleza distinta, y para que sus acciones difieran en todo.

El hombre que desde niño ha visto á sus padres ocuparse en consolar á los desvalidos, que los ha acompañado á su miserable albergue, que ha sido inscrito por ellos en una asociación piadosa, que ha recibido el encargo de distribuir las limosnas, que ha tomado parte en las conversaciones, cuyo tema eran las desdichas del pobre, que ha escuchado la censura del egoísmo, y los elogios de la caridad; el que se ha oído bendecir, una, dos, mil veces, este hombre sino es muy malo, hará mas ó menos bien, pero hará bien toda su vida. *Tiene el hábito*, las tradiciones de familia;

el no ser menos que su padre, el recuerdo de su madre que le quería tanto.

Cuando nada de esto sucede, cuando el hombre no vé desde niño ejemplos de compasion, se acostumbra á no compadecer, adquiera el hábito de la indiferencia.

Si tal es la naturaleza humana; si el hombre ni muy bueno ni muy malo, es llevado al mal ó al bien segun que está mas cerca el uno ó el otro: si el hábito influye tanto en él, que una accion mala es el gérmen de un crimen, y una buena accion hace esperar otras muchas, tal vez una vida entera de virtudes ¡Qué fatal semilla de egoismo no debe arrojar la Beneficencia, cuando se organiza de modo, que en vez de buscar las ocasiones de que el dichoso compadezca y consuele al desdichado, las evita, si no por mala voluntad, por ignorancia ó desenojo!

El bien que deja de hacer la Beneficencia por haber trazado á su accion limites absurdos, con ser grande, parece muy pequeño, comparado con el mal que prepara. Si se deja vivir en paz al egoismo; si se le dan las apariencias de la razon y de la filosofia; si apenas queda medio entre la abnegacion y la indiferencia; si no se edifica nada sobre las ruinas de lo que se derribó; si se rompe con mano impia el lazo santo, que une al que sufre y al que compadece; si se acostumbra á los niños á que no vean, ni se acuerden de los pobres, entonces ¡ay de estos! porque lo repetimos, las facultades del alma necesitan ejercitarse como las del cuerpo, para no debilitarse, ó desaparecer del todo.

### III

#### LA POBREZA NO ES UN CRÍMEN: EL POBRE NO ESTA FUERA DE LA LEY.

¿A qué probar lo que nadie niega? ¿A qué afirmar lo que nadie duda? ¿A qué sostener enfáticamente lo que nadie contradice? Cierto, las proposiciones que sirven de epígrafe á estas líneas en principio todos las aceptan. ¿Pero se aceptan igualmente sus consecuencias? Teóricamente podrá ser, si hay teoria de estas cosas, de hecho no, y lo probaremos. Probaremos que la pobreza, si no lo es, se trata como un crimen, y que el pobre en muchos casos está fuera de la ley.

Esta parte de nuestro trabajo confesamos que nos es muy desagradable. Después de haber sentado verdades que nadie niega, lo cual parece ocioso, vamos á sostener otras que la opinion rechaza, lo cual parece absurdo.

La sociedad obedece á la inevitable ley de las reacciones; en el ramo de Beneficencia como en todos los otros se camina en un sentido opuesto del que se marchaba, con la mas completa seguridad, de que no yendo por donde iban los que se equivocaron, se va en derechura al acierto. ¡Cómo si no fuera posible estraviarse mas que por un solo camino! Asi marchamos tranquilamente por las vias del error, que no es en la mayor parte de los casos mas que una verdad exagerada.

A nuestros abuelos les parecia una cosa muy razonable, que familias enteras de vagos robustos acudiesen á los conventos para vivir de la sopa; nosotros creemos muy puesto en razon que se *encierre contra su voluntad* al verdadero necesitado que implora la caridad pública; ¡quiera Dios que nuestros nietos tengan las dos cosas por tan absurdas como lo son realmente!

Amigos del pueblo, ó de las clases privilegiadas, absolutistas y demócratas, todos convienen en que es un escándalo que los pobres anden por las calles, que este espectáculo es indigno de una nacion civilizada, y los gacetilleros, *nemine discrepante*, estimulan á las autoridades para que pongan fin á tamaño desafuero; el mal no parece que está en que haya pobres, sino en que se vean.

Para honra de la humanidad y de nuestro pais debemos hacer notar que esta opinion de la gente ilustrada, no parece que pasa mucho de la superficie social, en el fondo está el buen sentido, y los buenos sentimientos del mayor número. Este mayor número guarda silencio, á primera vista parece como que no existe, pero observando mejor, se nota su grande influencia aun como fuerza pasiva. El aristócrata *pur sang*, la gran señora, el hombre de ideas filantrópicas, la muger compasiva, dan limosna al salir de casa, al entrar en el templo, en el paseo público. En el pueblo esta reclusion de los mendigos, este bien que se hace *por fuerza* al que se niega á recibirle, da lugar á escenas dolorosas, crueles, sangrientas. ¡Sangrientas! Exageraciones de escritores sistemáticos y paradójidos. ¡Plugiera al cielo que fuese un extravío de la imaginacion, y no la realidad triste!

Mirad que escena pasa en Madrid, en la capital de la Monarquía. Un grupo de salvaguardias hace oír á otro de mendigos la lúgubre y temida voz de ¡ *A San Bernardino!* Los mendigos protestan, los soldados insisten, toman un ademán hostil. Los mendigos protestan de nuevo, apoyados por hombres y mugeres del pueblo que acuden á las voces; los soldados hacen uso de las armas, reducen á prision á los mendigos que se quejan y piden justicia y auxilio: llevada la cuestion al terreno de la fuerza, á los sables de los soldados responden las navajas de los paisanos, hay heridos, un salvaguardia cae muerto. Los pobres son conducidos á San Bernardino, el salvaguardia al Campo Santo, su matador al patíbulo: la ley se ha cumplido en todas sus partes. ¡ Que ley!

¿ La humanidad es por ventura algun furioso, á quien hay que favorecer á pesar suyo, á quien hay que atar para hacer bien? No ciertamente, la humanidad tiene mas filosofía en sus instintos que en sus artículos los reglamentos de policia urbana. ¿ El pueblo de Madrid tiene algo de escepcional, de intratable? Tampoco, sus pobres son como todos los del mundo. ¿ Cómo pues se niega á recibir el bien? ¿ Por qué ningun criminal opondrá tanta resistencia para ir á la cárcel, como oponen los mendigos para ir á San Bernardino? Porque este bien es hipócrita, es mentido, no existe.

El pobre rehusa ir al asilo de Beneficencia:

Porque en él se le trata mal, material y moralmente:

Porque se convierte en prision para él:

Porque es natural el amor á la libertad:

Porque la ley que le priva de ella, no se aplica á todos igualmente.

En efecto, para hacer mas repugnante y odioso el cuadro que ofrecen los delegados de la autoridad empleando la fuerza, para obligar á recibir al pobre un bien que rechaza, esta fuerza se aplica sin mas regla que la casualidad ó el capricho. Decimos mal, y es bien triste hacer esta rectificacion, esta fuerza obedece á veces al interés, al cálculo de los que la emplean. Sabemos de un establecimiento de Beneficencia donde esta nueva especie de cautivos hechos en nombre de la ley, se ponen en libertad mediante *un rescate*: no será el solo, las mismas causas deben producir iguales ó parecidos efectos.

La mendicidad se tolera en esta calle, se autoriza en la puerta

de aquel templo, se persigue en ese paseo. En las grandes poblaciones es un desórden, un abuso; en las pequeñas, en los campos, nadie se mete con ella, parece buena, ó aceptable por lo menos. ¡Qué desórden! ¡Qué anarquía! ¡Qué contradicción!

¿Qué hacer? Aquí hay dos cuestiones: una de hecho, de derecho la otra.

La de hecho consiste en poner los establecimientos de Beneficencia en estado de que su nombre no parezca un horrible sarcasmo. En que cese la vergüenza, y el absurdo de que un asilo piadoso sea temido como una prision, y se prefieran á sus *bienes* los males de la miseria y el abandono.

La de derecho consiste en averiguar si la sociedad puede con justicia privar á un hombre de su libertad, porque este hombre no tiene que comer: no vacilamos en resolverla negativamente.

Pongámonos en lugar del pobre.—Yo he trabajado mientras he tenido fuerza. El tiempo, una enfermedad, un accidente me dejan inválido, ó lo soy de nacimiento. El consuelo de esta desgracia mia Dios le ha puesto en el corazon de mis semejantes. Salgo á la calle, inspiro compasion, me socorren, no me muero de hambre. Me voy siempre á un mismo sitio, tengo mis conocidos, mis parroquianos; uno añade á la limosna una pregunta acerca de mi estado, otro un consejo, aquel algunas palabras de consuelo. De cuando en cuando recibo alguna prenda de ropa usada, pero todavia útil, en los dias clásicos una limosna mayor. Tengo mis consuelos, y hasta mis goces: Dios sea mil veces bendito. Pero he aquí un agente de policia que porque soy cojo, ó manco, ó decrepito, me lleva á una prision con este ó con el otro nombre. Allí estaré sujeto á la voluntad del último mercenario sin caridad: allí me levantaré, me acostaré, comeré y rezaré cuando me lo manden; mi voluntad para nada se tendrá en cuenta, seria hasta ridiculo que yo diera á entender que tenia voluntad. Si tengo frio lo soportaré como pueda, aunque enfrente esté viendo un sol brillante; si calor, no podré tampoco ir en busca de una atmósfera menos sofocante. Si llego á tomar asco al nauseabundo rancho que se me ofrece siempre el mismo, no me será dado variar de alimentacion y me iré estenuando, sucumbiré tal vez. (1) Ya no tengo familia ni amigos, ya no tengo libertad

(1) Esto no es una hipotesis, hay casos en que los acogidos á ciertos asilos de Beneficencia perecen de inanicion porque los alimentos llegan á causarles una invencible repugnancia.

¡Cómo echo de menos aquellos días en que era dueño de mis acciones! Cuanto me acuerdo de aquel buen caballero que me daba limosna y me llamaba amigo! ¡Cuánto de aquella bendita señora que al socorrerme se informaba de mi salud, y me daba buenos consejos! ¿Qué habrán pensado al ver que pasa uno y otro día sin que yo aparezca en mi sitio de costumbre? Creerán que he muerto. ¡Mas me valiera!

Esto deben decirse los desvalidos que la Beneficencia socorre por fuerza, mucho más que esto dicen sus fisonomías, donde se lee el dolor acre y concentrado, ese dolor que escribe en la frente de los que agobia: *no me compadece ninguno*.

Pongámonos hasta donde es posible en lugar de los desvalidos, y digamos si en conciencia, si en razón, la sociedad tiene derecho á privarlos de su libertad, de hacerles aceptar por fuerza un bien que rehusan, bien mentido, pero que aunque fuese real, no aprovecharía al que le recibe con repugnancia. ¿Hemos pensado bien en lo que es la libertad? No, no sabemos lo que vale porque no la hemos perdido. ¿Hemos pensado bien en el absurdo de erigirnos en jueces, cuando se trata de la elección de males que no conocemos siquiera?

Es una injusticia bien cruel privar al hombre de su libertad; pero esta dureza se agrava según el estado social del pueblo á que se aplica. La civilización tiende á disminuir el amor á la independencia, y aumenta el que inspiran los gozos materiales. Si para proveer á sus necesidades, encerráis un parisiense y un salvaje, el primero podrá resignarse con su suerte, tal vez mirarla como tolerable, al segundo le matará vuestra misericordia. En España, el pueblo bajo conserva todavía ese poderoso instinto de independencia que caracteriza á los pueblos poco adelantados, por manera que entre nosotros es todavía mucho más dura la reclusión forzada que la Beneficencia impone.

¿Pero que es lo que queremos? Se dejará que la medicidad sin freno alguno se estiende como una asquerosa lepra? ¿No se pondrá coto al vicio, á la vagancia, que abusan de la compasión? No es tal nuestro deseo seguramente. Queremos un cambio completo en el estado actual de las cosas. Ahora *de hecho*, la mendicidad existe sin condición alguna: el vago, el vicioso, el criminal esplotan la piedad, y la escarmentan. De hecho, separándose de algunas ciudades populosas, el vago, robusto, vive en paz de la caridad pú-

blica sin que nadie le diga nada. Finge desdichas, dolores, enfermedades, y ostenta su miseria, á veces su desnudez impúdica, sin que la autoridad, ó sus delegados piensen ni remotamente en atacar tan grave mal. De hecho, y esto es peor, centenares, miles de niños, apenas saben hablar piden limosna.

Sus padres los maltratan si no llevan cierta cantidad, y les dan lecciones para adquirirla.—Que no me he desayunado hoy.—Que somos seis hermanos.—Que tengo mi padre en el hospital.—Que no tengo padre ni madre etc., etc. El niño aprende á mentir obediendo á su padre, y ve que la mentira es útil. Aprende á despreciar al padre que le enseña á mentir, le oculta una parte de lo que saca, y nota que el robo es útil tambien. Aprende á vivir sin trabajar, y lo aprende de tal modo, que no lo olvida nunca. El que desde niño se habitúa á vivir de la caridad pública engañando, está perdido para la sociedad y para la virtud: la vagancia es un cáncer que le operareis una, dos, cien veces, y no le estirpareis nunca. El ver pedir limosna á un niño, nos produce un efecto parecido á verle arrebatado por las aguas de un rio caudaloso, y no obstante, nadie se lanza para sacarle de la corriente del vicio y del crimen, que le arrastra sin remedio. De hecho tambien el pobre está fuera de la ley, se le priva de su libertad, de todos sus goces por la sola razon de que es pobre. Nosotros queremos que al pobre *inválido* se le deje en libertad de implorar la caridad pública, y que al vago se le persiga de modo que no abuse de ella ¿Cómo distinguirlos? No nos parece difícil.

Establezcanse por Ayuntamientos, por distritos como mejor parezca, y cuidando de evitar la aglomeracion, establezcanse una especie de Tribunales, de jurados, que con la intervencion de la caridad, de la autoridad, y de la ciencia, y despues de un maduro exámen, decidan si un pobre es ó no inválido. Al que lo sea désele una chapa, medalla ó distintivo cualquiera. El pobre podrá elegir entre el establecimiento de Beneficencia y la caridad pública que entonces no temerá verse burlada.—El que da limosna tendrá la seguridad de socorrer á un verdadero necesitado, aumentará sus dones, adquirirá el hábito de dar, dará mas cada vez, y la vagancia se verá en la alternativa de trabajar ó morir de hambre. Entonces la crueldad y el egoismo no podrán tomar la apariencia de la filosofia y de la razon, cuando niegan una limosna. Entonces se verificará un cam-

bio en las ideas, y la muger vestida de terciopelo, y el hombre envuelto en pieles, al pasar por delante de un mendigo sin alargarle una limosna, harán una cosa censurable, censurada, y que tarde ó temprano acabará por causarles vergüenza. Entonces los sentimientos de humanidad se *ejercitarán* aumentando en proporcion su energía, se establecerán relaciones benévolas entre el que da y el que recibe, haciéndolos mejores á entrambos. ¡Cuantas veces el pobre se resignará con su estado, le bendicirá, viendo ó sospechando las amarguras del que al apearse de su coche le alarga una limosna. ¡Cuantas veces hallará un consuelo, ó una leccion, viendo las desgracias reales, el que sufre por las imaginarias! La limosna que se da á fin de mes ó de año en cambio de un recibo, no nos habitúa al bien, no moraliza ni consuela como esa otra que se da por la propia mano, ó por la de un hijo, que aprende desde niño á no pasar indiferente por delante de un desdichado.

Pero se nos dirá. «El aspecto de la miseria en una gran población, con aceras, y policía, y alumbrado de gas, es una cosa repugnante.»

A nosotros nos parece repugnante este argumento, si argumento puede llamarse, la hipocresía cruel, que hace tan poco para que no haya pobres, y tanto para que no se vean.

*Habrá siempre pobres entre vosotros*, ha dicho el que no se equivoca. Y meditando, se comprende que debe haberlos, que es preciso que los haya: representan en la sociedad el dolor, ese elemento indispensable de la moralidad y de la perfeccion humana. Este elemento quiere apartarse donde nadie le vea, ni sospeche que existe, por los nuevos alquimistas sociales, que ya no buscan, sino que han hallado la piedra filosofal.

Ignoran ú olvidan que el dolor contribuye á la armonía, pero á condicion de ser compadecido; que aislándole sufre una especie de perversion, y se hace origen de grandes males. He aquí varios escrúpulos que asaltan á los partidarios de la reclusion de los pobres.

El mendigo tendrá mas de lo necesario.

El mendigo pondrá en contribucion aun al muy pobre.

El mendigo será vicioso.

Si el primero de estos escrúpulos no tiene fundamento no hay para que combatirle, si le tiene, gloria á Dios, y honor á la huma-

nidad, que acude generosamente á los desvalidos, indemnizándolos hasta donde puede, de sus inevitables desgracias! «Que los mendigos se enriquecen.» Tanto mejor, seria prueba de que eran pocos, y muchas las almas caritativas, pero tranquilizáos los que temeis este desórden, *habrá siempre pobres entre vosotros*. La otra objecion nos parece singular: debe tener un nombre extraño que no hemos hallado, ó no queremos escribir, la idea de privar á la humanidad de su mas sublime cuadro, el del pobre partiendo su bocado de pan con otro mas pobre que él.

«Que el mendigo será vicioso.» Vigílesele para que no lo sea. Pero supongamos que hay muchos mendigos incorregibles y viciosos. Si no tenemos derecho para preguntar al banquero, al militar, al cómico, ni al legista como emplea lo que gana, puede haberle para dirijir esta pregunta al mendigo? Se nos dirá que sí, porque el mendigo no *gana* lo que *gasta*. Respondemos que el que no puede trabajar, es legítimo dueño de lo que la caridad le proporciona, sus títulos de propiedad estan en el corazon de todo hombre honrado. Lejos de nosotros el pensamiento de querer para el vicio una especie de salvo-conducto que le permita pasar impunemente los límites que la religion y la conveniencia le imponen, ni de pedir para los pobres el derecho al mal ejemplo, y al escándalo; pero lejos también la idea de sujetarlos á leyes especiales, ó mas bien á personales caprichos. ¿Si nadie se atreve á sostener en teoría que la pobreza sea un crimen, porque en la práctica se trata muchas veces al pobre como criminal, peor todavía, porque el criminal puede defenderse, la ley le da medios, y el pobre no los tiene para sustraerse á la brutal arbitrariedad de sus opresores?

Hay tres clases de mendigos.

Los inválidos.

Los válidos que no hallan trabajo.

Los vagos.

A los primeros la eleccion entre el establecimiento de Beneficencia y la caridad pública.

A los segundos socorros á domicilio que no podrán ser eficaces sino se organizan debidamente las asociaciones caritativas.

A los terceros persecucion y castigo; tiene algo de impio defraudar los sentimientos de piedad, y entiviarlos por medio del escarmiento.

¿No merece castigo el estafador de la pública compasion? ¿No merece auxilio el que quiere trabajar y no halla dónde? ¿No podrá escoger el pobre inválido, entre el asilo de Beneficencia y la caridad pública? ¿Es tan exorbitante el derecho de elegir entre males? Estas tres clases hoy miserablemente confundidas ¿no deben separarse para que el vago no esplote la compasion; para que el desvalido no la halle recelosa; para que el artesano sin ocupacion sea socorrido en su casa respetando el pudor, la dignidad que le detiene para pedir limosna, y que perderia en mal hora? ¿El desorden puede ser en ningun caso elemento de bien? ¿La clasificacion tan indispensable en todas las ciencias no será precisa en la ciencia social?

La anarquía reina en la region de las ideas, y en la de los hechos. La Beneficencia se queda unas veces mas acá, otras vá mas allá de donde debiera, y hace daños gravísimos, ya cuando traspasa los límites que la razon le impone, ya cuando no los toca. ¿Cuál es el resultado?

Autorizar la vagancia;

Perseguir la pobreza;

Escarmentar la compasion.

Dar al egoismo plausibles pretextos para no hacer bien.

Habituar al público á la indiferencia, estinguendo la compasion en su origen por falta de ejercicio.

Que la Beneficencia se penetre bien de sus derechos, y de sus deberes; que no exija de nadie lo imposible, ni á ninguno niegue lo justo; que se persuada bien que detrás de cada injusticia hay un error, y una falta trás de cada dolor sin consuelo; que busque la verdad, que la aplique, y obrando dentro del círculo que la razon le impone, hará todo el bien que por su naturaleza puede y debe hacer.

### CAPITULO III.

MEDIOS DE PONER EN ARMONIA LA ACCION RESPECTIVA DEL ESTADO, LAS ASOCIACIONES CARITATIVAS, Y LOS PARTICULARES, FUNDANDOLA EN LA ECONOMIA SOCIAL Y EN EL SENTIMIENTO RELIGIOSO.

Si conforme á las ideas anteriormente emitidas, el Estado en el ramo de Beneficencia debe representar el cálculo, la meditacion,

la ciencia; si esto es preciso para todo pueblo civilizado, aparece todavia mas en relieve la necesidad de tal iniciativa en una nacion que como la nuestra, en todo vacila, prueba, duda, cambia, destruye, y restablece. Es grande la anarquía intelectual que entre nosotros reina. Ya nos estiamos delante de cualquier bagatela científica, y le tributamos nuestro respeto; ya pasamos indiferentes al lado de un gran pensamiento, de una obra de verdadero mérito, como pasa un ciego al lado de un cuadro de Rafael. Hoy nos escandalizamos de una idea que no hemos comprendido bien, mañana damos nuestro apoyo á otra que hemos entendido mal. En las ciencias, en las artes, se traduce, se imita, se intenta con mano vacilante crear alguna cosa que tenga vida propia. En moral aunque tenemos el instinto del bien que nos pone á cubierto de muchos extravíos, tambien hay perplexidades y dudas, y remedos y aberraciones. En tal situacion pocas cosas son fáciles, pocas tambien imposibles, y la iniciativa ilustrada del Estado aparece como una necesidad imperiosa.

¿Hay opinion pública en materia de Beneficencia? ¿Qué dice? En los periódicos, que se recojan los mendigos, en las calles que se les dé limosna, en las plazas, que se combata al que quiere recogerlos. Si la consultamos sobre cualquier otro punto, no nos responderá mas acorde, y sus oráculos se resentirán del lugar donde se han dado.

No tenemos sobre Beneficencia opinion pública verdaderamente dicha, tenemos instinto público, deseo del bien, propension á hacerle, costumbres mas suaves cada vez, sin notable apego á los abusos, ni gran repugnancia á las reformas útiles: parece que en tal estado, la accion de la ley es necesaria, y debe ser eficaz.

Los principios de que esta ley debe partir en nuestro concepto, quedan consignados en los capítulos anteriores, los medios de que debe valerse para que sus disposiciones no sean ilusorias, son á nuestro entender los siguientes:

1.º Organizacion de asociaciones filantrópicas. Comunicacion, *comunion* de los compasivos, unidad, y mútuo apoyo en sus esfuerzos.

2.º Obligacion impuesta á toda asociacion religiosa de ejercitarse en alguna obra de caridad.

3.º Publicidad en todo lo concerniente al ramo de Beneficencia.

4.º Evitar hasta donde sea posible la aglomeracion de los desvalidos.

5.º Llamamiento al sacerdote, y á la muger como indispensables auxiliares.

6.º Dar á la Beneficencia el auxilio de las ciencias.

### I.

#### ORGANIZACION DE ASOCIACIONES FILANTROPICAS.—COMUNICACION, *comunion* DE LOS COMPASIVOS.—UNIDAD Y MUTUO APOYO EN SUS ESFUERZOS.

Si hemos acertado á esplicarnos con alguna claridad en los capítulos anteriores con respecto al valor de las asociaciones caritativas, no tenemos para que encarecer de nuevo su importancia; cada cual la comprende, la siente.

La Beneficencia debe hacer el triste é indispensable estudio de las miserias humanas, físicas y morales, y colocar al lado de cada una, el dulce consolador de una asociacion caritativa.

La enfermedad.

La pobreza.

La decrepitud sin apoyo.

La infancia abandonada.

La intemperancia.

La prostitucion.

El vicio.

El crimen.

Deben y pueden hallar en la filantropía lecciones, consejos, consuelos y correctivos; á cada grupo de seres afligidos ó estraviados, otro de eriaturas compasivas é ilustradas que lleve consuelo á su corazon y luz á su entendimiento.

La Beneficencia debe clasificar y subdividir hasta donde sea posible los dolores humanos, de otro modo no hallará para ellos consuelos eficaces. Esa confusion de penas y de medios de aliviarlas, ese monstruoso agrupamiento de desventuras diferentes, esa aglomeracion de desdichas, prueban un empirismo fatal. El estado actual de las cosas manifiesta que se desconoce enteramente su naturaleza. ¿Por ventura la clasificacion y el orden no son un elemento indispensable de acierto en la ciencia social como en las otras?

Asimilemos una vez mas el cuerpo social al humano, donde todos los miembros sin romper la unidad, desempeñan funciones diferentes. Organice la Beneficencia asociaciones caritativas, forme cuadros que la caridad privada llenará bien pronto, y fórmelos de modo que á cada série de dolores, corresponda una série de consuelos. Para esto tenga presente una vérdad muy trivial y muy olvidada. *Que nadie sirve para todo, que nadie deja de servir para alguna cosa.* Aquí es ocasion de ofrecer á cada cual el noble empleo de sus facultades dominantes. Quien se siente impulsado á prestar apoyo á la decrepitud, quien se inclina á la infancia candorosa. Uno activo, busca y halla medios pecuniarios, otro reflexivo y melancólico, escucha los dolores y los consuela. Aquel cuida cariñoso al enfermo, ese otro no desespera de arrancar el vicioso á sus vicios, y el criminal á sus crímenes. Forme la Beneficencia cuadros como hemos dicho, y cada cual se irá á agrupar en el que le corresponda, y llenará cumplidamente su tarea, porque obedece á sus facultades dominantes, porque obra conforme á su naturaleza.

Para investigar y distinguir el verdadero necesitado se necesita cierta natural perspicacia, cierta inocente malicia, si se nos permite esta frase. Para pedir y allegar recursos, un carácter insinuante, simpático, comunicativo, y hasta jovial. Para cada dolor en fin, debe y puede haber una especialidad que le consuele.

¿Cuál es el principio de la division del trabajo? *Se hace mejor lo que se hace siempre.* En el ramo de Beneficencia hay que añadir, *y lo que se hace naturalmente.* En efecto: por desgracia, pocas veces eligen los hombres, el oficio ó la profesion á que se dedican, teniendo en cuenta sus facultades. Estando bien organizada la caridad oficial, clasificando los dolores, y formando diferentes grupos para los diferentes consuelos que necesitan, cada uno puede ir á ocupar el lugar que le corresponde obedeciendo á su natural, y nada mas que á su natural, toda vez que las obras de caridad son absolutamente voluntarias. De la importancia de esta clasificacion podremos convencernos, si observamos que no se hace con perfeccion sino lo que se hace naturalmente: los prodigios del mundo moral, no son las mas veces, sino hombres que se han hallado en circunstancias de emplear todas sus facultades.

La Beneficencia debe multiplicar las asociaciones caritativas

todo lo necesario para que ningun dolor quede sin consuelo, ni sin ocupacion ninguna facultad acompañada del deseo de hacer bien. Esta variedad en el modo de ejercerse los instintos caritativos, lejos de alterar la armonia debe contribuir á ella, si el Estado reglamenta debidamente las asociaciones filantrópicas, dándoles un centro comun, puesto que en el fondo es uno mismo el objeto. Cuando haya organizado cual conviene estos auxiliares poderosos, verá que está concluida mas de la mitad de su tarea.

Las asociaciones caritativas sin perder nada de su especialidad, y libertad de accion, deberian tener un lazo comun, que les permitiese prestarse mútuo apoyo, de modo que cuando se tratase de corregir un abuso, de plantear una reforma, cada cual se presentara en la lucha, poderosa con la fuerza de todas. Y decimos lucha, porque no nos hacemos la ilusion de que el *bien* se establece, ni se sostiene sin combate. Y no solo deberian comunicar entre si las asociaciones de un pueblo, sino las de la provincia, las de la nacion entera. En la capital de provincia deberia estar el centro de las de los partidos, en la de la nacion el de todas las provincias. Cualquier idea útil emitida en el último rincon hallaria así eco en la Corte, cualquier abuso hallaria en todas partes quien le persiguiese, cualquier derecho hollado tendria numerosos y fuertes sostenedores.

Un niño que su culpable y desgraciada madre abandona al nacer ¿en qué estado llega á la inclusa, cuando se le espone en una noche de invierno, y á diez, doce ó veinte leguas del establecimiento donde debe recogerse? Muchas veces no llega, y asombra que llegue alguna, despues de lo que sufre. Espuesto á las altas horas de la noche, y con escaso abrigo, su llanto revela al amanecer una gran desgracia y un gran crimen. Pasa un hombre que tal vez va de prisa, y sigue su camino, pasa otro desalmado, y hace lo mismo. Un tercero acaso por no escitar sospechas de tener alguna parte en la culpable accion, no se para tampoco. Por fin llega un hombre compasivo, ó llega una muger, y se da parte al Alcalde. El Alcalde tal vez dista de allí una ó dos leguas, tal vez no está en casa, ó esta ocupado, y se pasa un dia sin que el inocente abandonado reciba auxilio eficaz. Al siguiente se busca un hombre que se encargue de conducirlo á la capital de provincia, que dista una, dos ó tres jornadas, y no se repara si llueve ó si

nieva. El hombre á quien se confia este encargo es el primero que se presenta, por lo comun el que le desempeña mediante una retribucion menor. Este hombre anda ó se para donde le parece mas cómodo, busca ó no busca, halla ó no halla, quien dé de mamar á la infeliz criatura confiada á su cuidado. Si sucumbe, cumple con presentarse á la autoridad local.

Si hubiera una asociacion protectora de la infancia en la capital de provincia, otra en la de partido, é individuos que perteneciesen á ellas y las secundasen en todos los pueblos ¿pasarian las cosas de este modo? ¿No se acudiria inmediatamente á dar socorro al débil ser abandonado, á procurarle sustento y abrigo? No se elegiria cuidadosamente la persona que habia de conducirle; no se la obligaria á que se presentase en todos los pueblos al individuo representante de la asociacion, para que viera si iba el niño bien, ó si su estado reclamaba algun nuevo auxilio, una detencion por lo riguroso del calor ó del frio, etc., etc. ¿No se tendrian en fin esos mil cuidados que no se dan nunca de oficio, que son obra de la caridad, y no de la Beneficencia?

Se nos dirá tal vez que no es posible establecer una asociacion tan vasta que tenga representantes en todas las poblaciones. Respondemos que nos parece como una calumnia á la humanidad, suponer que por cada cien, por cada cincuenta, por cada veinte y cinco vecinos, no ha de haber una persona caritativa que haga bien de vez en cuando, si no se le exige para ello grande esfuerzo ni sacrificio. Responderemos para los amigos de hechos con uno análogo.

Las comunidades religiosas mendicantes tenian en cada pueblo un *hermano*, en cuya casa se hospedaba muy obsequiado y gratis el fraile que iba á pedir, á predicar, ó con cualquiera otro objeto, y ademas el lego que en las cuestaciones le acompañaba. Como las de mas utilidad se hacian en invierno para recoger parte de las matanzas, sucedia muchas veces, sobre todo en ciertos paises, que el temporal combinado con el mal estado de los caminos, no permitian al religioso volver á su convento por algunas semanas, durante las cuales permanecia en casa del *hermano*. Y habia de estos hermanos en miserables aldeas de veinte vecinos y aun de menos. En los últimos tiempos, los hombres murmuraban en voz baja contra esta mala costumbre, pero buena ó mala la costumbre seguia sostenida

principalmente por las mugeres, y los frailes no dejaron de ser hospedados y obsequiados, hasta la supresion de las comunidades religiosas.

Se comprende cuánto mas facil debe ser hallar un asociado donde se halló uno de estos *hermanos*. El servicio que se exige es mucho menor, el desenvolso insignificante, tal vez nulo: sobre lo santo del objeto no puede haber opiniones, ni está sujeta á cambios con el tiempo la utilidad de una asociacion, que se propone socorrer á una criatura débil, y abandonada. Para combatirla, no basta ya ser espíritu fuerte, ni despreocupado, ni filósofo, es preciso prescindir de todo sentimiento de humanidad, hacer una especie de profesion de fé, que tenga por base el cinismo y la dureza, profesion de fé mas perjudicial al que la hiciese que á la asociacion que intentaba combatir, porque las costumbres se suavizan mas cada dia, y la crueldad no debe esperar gran número de próselitos.

Otro grande objeto que podrian proponerse las asociaciones filantrópicas, y que no es dado alcanzar aislándose unas de otras, era proporcionar trabajo á los pobres que carecen de él. Hay pocas desgracias mas respetables y dignas de compasion, que la del hombre que con voluntad y fuerza para trabajar, carece de pan. Esta calamidad grande siempre, lo es mucho mayor en épocas como la actual, en que la invencion de una máquina, la construccion de una via ferrea, el establecimiento de un buque remolcador, dejan sin pan á centenares de familias. La sociedad nada hace por ellas, sus individuos con ese apego á la costumbre propio de toda persona de limitadas ideas, persisten en vivir en los sitios en que nacieron, y dedicados á una industria que no los puede sostener ya. La miseria los oprime sin hacerlos cambiar de resolucion, y las enfermedades, el vicio y el crimen, encuentran vasto campo donde egercer su accion desoladora.

Si una asociacion filantrópica se dedicase á amparar á esta clase de desvalidos, ¡cuánto bien podria hacer sin grandes sacrificios de su parte! Entre sus numerosos individuos habria muchos influyentes que hiciesen valer el derecho tan claro como desatendido, que tiene el pobre que una obra pública priva de su modo de vivir, á ser colocado con preferencia en esa misma obra. Entre los individuos de la asociacion habria muchos ilustrados que pudiesen sugerir al desvalido ideas que él por si no puede tener, para un cambio

de profesion, ó de modo de ganar la vida, facil en muchos casos habiendo acertada direccion, y algun socorro pecuniario. A riesgo de ser molestos insistimos en que lo mas terrible para el pobre, y la causa mas poderosa de su miseria material, es la *indigencia del espíritu*, y esta indigencia podia remediarla en parte la asociacion filantrópica, á quien seria dado sin esfuerzo, encender una luz en las tinieblas de la ignorancia del pobre, principal causa de su apatia y de su pobreza.

Es tambien muy frecuente el que en unas comarcas falten brazos y trabajo en otras. ¿Qué cosa mas fácil para una asociacion debidamente organizada y estendida, que establecer el equilibrio, proporcionando al trabajador noticias, algun socorro pecuniario y proteccion y consejo en todas partes y ocasiones?

Seria fácil multiplicar los ejemplos para probar hasta la evidencia, con que poco esfuerzo se podrian hacer grandes bienes, estudiando organizando, y haciendo que comunicasen entre sí, las asociaciones filantrópicas. El aislamiento es una especie de vacío en que se sofocan, por falta de elementos de vida, las ideas mas generosas, los mas sublimes esfuerzos.

## II.

### OBLIGACION IMPUESTA A TODA ASOCIACION RELIGIOSA DE EGERCITARSE EN ALGUNA OBRA DE CARIDAD.

« Si yo hablara lenguas de hombres y de angeles, dice San Pablo, y no tuviera caridad, soy como metal que suena, ó campana que retiñe. » Otros muchos pasages que pudieramos citar del gran Apóstol, y de los padres de la Iglesia; la práctica de los primeros siglos del Cristianismo, y en fin el espíritu del Evangelio, estan de acuerdo para proclamar muy alto que no puede separarse el amor de Dios y del prójimo, y que uno de los medios mas eficaces que pueden emplearse para merecer el Cielo, es hacer bien en la tierra.

Lejos de nosotros la impla idea de negar las divinas excelencias de la oracion; pero lejos tambien la creencia de que puede haber plegaria mas grata á Dios que la que entonamos al consolar á los hombres. ¡Bienaventurado aquel que llega á ofrecer al Señor en holocausto, los errores que ha estirpado, las lágrimas que enju-

gára, los crímenes que pudo evitar! ¡Bienaventurado el que en la balanza del supremo juez, puede arrojar enfrente de sus pecados, las bendiciones de los míseros que consoló! ¿Qué oracion mas sublime?

¿Qué es el hombre en la tierra sin la idea del Cielo? La mas desdichada de todas las criaturas, una aberracion del que no puede tenerlas, un imposible moral. Degémosle pues que eleve al Cielo sus manos suplicantes. ¿Dónde sino podrá hallar alivio á los dolores sin remedio, dónde eficaz apoyo para resistir á la tentacion? La oracion, la verdadera oracion, que eleva, que consuela, es hermana de la caridad. Por la mas santa y sublime de las armonias, no se concibe el amor de Dios sin el del prójimo.

Si hubo un tiempo en que las exageraciones del ascetismo fueron una necesidad, porque la mísera naturaleza del hombre necesita combatir con verdades exageradas, las exageraciones del error; si enfrente de las saturnales de Roma fué preciso poner las maceraciones y abstinencias de los padres del yermo, hoy el mundo cristiano menos grosero, mas espiritualizado, no tiene ya de aquellos delirios que solo pueden combatirse con otros.

Lejos de debilitarse el sentimiento religioso con el ejercicio de la caridad, se fortifica; lejos de alterar la pureza de su origen, es fiel al espíritu del Evangelio. La caridad es un poderoso auxiliar. Con ella puede penetrarse igualmente en la cabaña del pastor y en el palacio del magnate: no la rechaza ni aun el descreído que está en su lecho de dolor, ó mira desde la capilla el último día que ha de lucir para él. Los hombres son tan poco razonables, que muchas veces reciben la verdad, segun quien, cuando, y como se les dice. ¿Qué mas eficaz medio de hacer popular y querida la religion que obrar de modo que los que la predicán hagan bien? ¡Es tan difícil pensar que nos engaña el que nos consuela! ¡Tan natural creer al que se bendice!

Parece pues que la justicia divina y humana dicen—Vosotros que os reunís en nombre de Dios, haced bien á los hombres.—

El Estado tiene el derecho, y el deber de dar cumplimiento á este mandato, y no creemos que para ello hallase ningun obstáculo grave. Ni las corporaciones religiosas, ni los prelados, ni el padre de los fieles, se negarian á secundar tan santa idea, ni á introducir allí donde fuese necesario, alguna pequeña modificacion, que hiciese

compatible el cumplimiento de la regla , y el ejercicio de la Caridad.

¿Y de qué manera se ha de ejercer? La caridad es un deber , la eleccion de la forma un derecho. Cada cual puede elegir aquella que esté mas en armonía con sus inclinaciones y facultades. Las corporaciones religiosas , y las asociaciones con el nombre de cofradías , ó con cualquier otro , pueden elegir un medio cualquiera de hacer bien á sus semejantes , pero deben elegir uno.

Una cofradía puede sacar de sus fondos una limosna ; otra vestir á un niño pobre que se haya hecho acreedor á este premio por su aplicacion , y buena conducta ; otra adoptar un hùerfano , otra añadir á su reglamento un artículo en que se obliguen sus individuos á asistir á los enfermos de alguna gravedad. etc. , etc. ¡Es tan fácil hacer bien cuando son muchos los que quieren hacerle !

¿El Ministro de Dios estará en alguna parte mejor que procurando curar las enfermedades del cuerpo , y las del alma , en el Hospital , y en la Cárcel? ¿La esposa del Señor no se hallará dignamente ocupada cuidando al niño , cuya madre le abandona por la necesidad de ganar el sustento , ó enseñando á la niña , cuyos padres no pueden pagar otra maestra? ¿Cuál será mas acepto á los ojos de Dios? Hacer hilas para los hospitales , camisas para los pobres , una obra cualquiera que vendida tenga un valor que pueda convertirse en limosna , ú ocuparse en esas caprichosas fruslerías que para nada valen , exigen tan trabajosa prolijidad , y revelan á la vez , la sobra de tiempo , y la falta de direccion en el modo de emplearlo? No nos parece dudosa la respuesta , ni alcanzamos que objecion séria puede hacerse á una innovacion que lejos de ser una novedad , es el restablecimiento de las prácticas de la primitiva Iglesia , y la realizacion del espíritu del Evangelio.

Las corporaciones y asociaciones religiosas podían ser un poderoso auxiliar para la Beneficencia. No hay estímulo mas fuerte para hacer bien á los hombres que el amor de Dios. Además , aun cuando el que vive en el mundo tenga la voluntad de dedicarse á socorrer á los desvalidos , no tiene la posibilidad. Como padre , como esposo , como ciudadano , tiene deberes que le roban la mayor parte de su tiempo. La caridad es un sublime episodio en el hombre de mundo , pero un episodio nada mas , mientras que para el que há renunciado al siglo puede ser la vida entera.

### III.

#### PUBLICIDAD EN TODO LO CONCERNIENTE AL RAMO DE BENEFICENCIA.

Sin publicidad en el ramo de Beneficencia, falta el poderoso eco de la opinion pública para el bien, y de reprobacion para el mal que se intenta ó se consuma. La abnegacion de la virtud, y la perversidad del crimen, mueren ignorados en el vacio del silencio, como un sonido que carece de aire para propagarse. Los pensamientos mal formulados no se completan, los útiles no se generalizan, ningun apoyo á los esfuerzos del buen deseo, ninguna recompensa á los servicios de la bondad. La prensa nos refiere minuciosamente los detalles de todos los crímenes, por repugnante que sea el cuadro, se presenta á la vista del público, sin que á nadie le ocurra echar sobre él un púdico velo; las buenas acciones quedan ignoradas, y tanto mas, cuanto las personas caritativas siguen el precepto del Salvador. *No sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.* El crimen tiene sus historiografos, sus pintores, y hasta sus poetas; la virtud no halla mas eco que el corazon del mísero que consuela en la tierra, y Dios que la vé desde el Cielo. Basta para ella, mas no para la sociedad que no puede contemplar el saludable espectáculo de sus santos ejemplos; no para la sociedad que se habitúa á la injusticia, negando el tributo de su respecto á los seres que á él tienen mas derecho; no para la sociedad que adquiere el hábito de la indiferencia del bien, mil veces mas terrible que la práctica del mal; no para la sociedad que se priva de los saludables esfuerzos del mayor número de personas compasivas, porque no á todos es dada la alta perfeccion de hacer el bien por el bien mismo, y sin mas recompensa que la que se halla en el propio corazon.

La publicidad es el único medio de que se forme opinion pública en materia de Beneficencia; el único de que se generalicen ciertas ideas elementales, ciertas nociones útiles; el único de que se estienda el conocimiento de lo que pasa en los asilos piadosos, cuál es y cual debería ser su estado, cuales los abusos que en ellos se cometen, los auxiliares que tienen, los que necesitan; y el único en fin de destruir en la masa del público esa fatal indiferencia, que abre un abismo entre el necesitado y el que puede socorrerle, entre el mal-

vado y el que debe castigarle. Con las asociaciones filantrópicas convenientemente organizadas, y la publicidad, serían imposibles los abusos que hemos señalado. Las asociaciones formarían una especie de trama que cubriría la nación entera, la publicidad sería á la vez un eco y un faro. Tomad la lista de los periódicos que se publican; en la prensa, bien ó mal, todo está representando, todo menos la caridad y el dolor. Tomad un periódico y recorred sus diferentes secciones. No falta espacio para discutir gravemente el mérito de las bailarinas, y de las cantantes, de los prestidigitadores, y de los toreros. La impertinente chismografía, las puerilidades de la moda, los escándalos del vicio, los horrores del crimen, hallan su lugar correspondiente. ¿Y la Beneficencia? ¿Y la Caridad? En vano buscaréis alguna prueba de que existen. De cuando en cuando el número de los que han entrado ó salido en el hospital, el anuncio de una rifa, cuyo producto debe aplicarse á los asilos piadosos, y nada más. ¿A quién dirigir un cargo por este silencio? Cuando la culpa es de todos, la culpa no es de nadie. La cuestión nos parece menos de averiguar de donde viene el mal, que de comprender toda su extensión, y ponerle remedio.

El mal es grave: este silencio, este desvío, esta indiferencia que escuda al perverso y desalienta al bueno; esta falta de noticias y de conocimientos; este aislamiento en que se halla el hombre de buena voluntad, desaparecerían con todas sus tristes consecuencias, sin más que la Beneficencia, la caridad y la filantropía estuviesen dignamente representadas en la prensa. Donde quiera que volvemos la vista, hallamos hechos que comprueban esta verdad. Durante la última invasión del cólera el ayuntamiento D... recibió una cantidad en metálico, limosna de S. M. la Reina, con destino á los enfermos pobres, y con la cual se cubrieron ciertos desfalcos de procedencia poco honrada. El hospital más cercano estaba á tres jornadas, y los desdichados enfermos sucumbían sin auxilio, en medio de una miseria de que solo puede tener idea el que sepa como vive nuestra población rural. Entre tanto, los fondos que hubieran bastado para acudir á las necesidades más apremiantes, se destinaban, como hemos dicho, á cubrir ciertas *atenciones* que no podían figurar en el presupuesto. ¿Cómo no reclamó usted, le decíamos al sacerdote que indignado nos refería el hecho inhumano—escandaloso? ¿No era usted individuo de la junta de Beneficencia?

Reclamé, nos contestó, pero no se atendieron mis razones. Me ocurrió quejarme á la autoridad, ¿pero cómo iba á luchar *yo solo* con una corporacion? En la prensa no conocía á nadie, y los periódicos no se ocupan de estas cosas. En la capital tampoco tenia relaciones, y el diputado provincial, y el diputado á Cortes hubieran sostenido al Ayuntamiento que habia contribuido mucho á su eleccion, etc., etc.

Este digno sacerdote sin nombrarlas, señalaba la asociacion y la publicidad como necesarias para luchar contra la perversidad y el fraude, de que el desdichado es victima tantas veces. En efecto ¿cómo un hombre solo, aislado, y cuya voz no resuena en ninguna parte, ha de hacer frente á la maldad, á la ignorancia, á la apatía, al hábito del desórden y de los abusos?

Con toda la importancia que hemos dado á las asociaciones filantrópicas, no creemos que sin publicidad produzcan la mitad de los beneficios que de ellas podian esperarse, ni que los resultados correspondan á sus generosos esfuerzos: se comprende. Luchan en la oscuridad, porque el silencio son las tinieblas de la inteligencia. La autoridad, el gefe del establecimiento *temería el periódico*, temería que se hiciera pública su apatía, su criminal tolerancia ó su complicidad en los abusos, y procuraria reformarlos; á la asociacion desarmada no la teme, le dice la esperiencia que por regla general no es bastante fuerte para obligarle á ser justo.

En comprobacion de lo que vamos diciendo, citaremos algunos hechos, y los iremos á buscar allí donde por circunstancias particulares pongan la verdad más en relieve.

En Galicia hay asociaciones filantrópicas de señoras; más, hay una vice-protectora de todos los establecimientos benéficos con carácter oficial, y que puede decirse hace las veces de S. M. que es la protectora de todos los de la nacion: más, la vice-protectora es la condesa de Espoz y Mina, es decir, una muger que parece unir en alto grado la piedad de su sexo, á la inteligencia y energía del otro. Una muger que vive en los establecimientos benéficos, que observa todos los abusos é intenta su remedio, sin que el número la desaliente, ni la retraiga el mal éxito de una tentativa para formar un nuevo plan; que une al prestigio de una alta posicion y de un nombre ilustre, el de la virtud, el talento y el carácter; que segun dicen los que la conocen, es alternativamente y conforme las

circunstancias lo exigen, dulce, insinuante, firme, severa, y que todas estas ventajas, y todos estos medios los consagra al consuelo de los desdichados, y á mejorar la situacion de los asilos benéficos. A pesar de circunstancias tan escepcionales, el observador menos detenido nota abusos como los siguientes.

El grande y magnífico Hospital Real de Santiago no se halla á cargo de las hermanas de la caridad, cuando están probadas de un modo evidente las ventajas que de su asistencia resultan tanto para el cuidado de los enfermos, como bajo el punto de vista económico. En el mismo establecimiento está la Inclusa contra lo que la ley dispone, y siendo su gasto total 556,599 rs., importan los sueldos de los empleados 128,585.

En el Hospital de San Roque de la misma ciudad ascendiendo sus rentas á 52,000 rs., consumen los empleados 19,149.

Estas cifras se sirven á sí propias de comentario y no le necesitan.

En este mismo Hospital de San Roque, destinado esclusivamente á la curacion de enfermedades sifilíticas, no se admiten enfermos más que tres meses al año, y apenas ingresarán en él los dos terceras partes de los que se presentan. El resto son cruelmente despedidos, y van á propagar su horrible enfermedad sucumbiendo antes de ser admitidos el año próximo, ó por lo menos agravándose de modo que la ciencia no puede evitar que queden valedninarios para toda la vida. Por no haber sala de convalescencia, los enfermos salen tan débiles que con frecuencia recaen y vuelven al hospital. El método curativo que allí se usa es el propio que se usaba cuando se fundó el establecimiento (1577). Al que hace notar su estrañeza de que no se aprovechen los adelantos de la ciencia en todos los ramos, y muy particularmente en la enfermedad que allí se cura, se le contesta que las constituciones de la fundacion prohiben introducir novedades, etc., etc.

Estas y otras cosas suceden donde hay asociaciones filantrópicas presididas por una persona con carácter oficial y de una energia, una inteligencia y una perseverancia enteramente escepcionales. ¿Sucederia lo mismo si la prensa hiciese públicos estos abusos clamando contra ellos uno y otro dia? Seguramente que nó. Debe notarse que en el ramo que nos ocupa la influencia de la publicidad seria más eficaz y poderosa que en ningun otro. Ni el lector está

cegado por el espíritu de partido que le impide comprender y apreciar la verdad, ni el escritor se ofusca por la misma causa, ni el abogar por el enfermo, el niño, el menesteroso, puede allanarle el camino del poder ó de la gloria. La ambicion busca para la lucha otro terreno más fecundo, éste es estéril para quien desea hallar el fruto fuera de su propio corazon. El hombre que escribe en una materia que no le proporciona triunfos literarios ni políticos; el que escribe en *pro* de los que no le leerán siquiera, ni sabrán como se llama, ni comprenderán que les puede hacer bien con algunas palabras trazadas en un papel, este hombre no es llevado por ningun sentimiento interesado ni vil. Al tomar la pluma obedece á un impulso generoso, no desempeña un oficio ó una profesion, ejerce una especie de sacerdocio: ungido del Señor con el óleo santo de la inteligencia, la pone al servicio de la virtud; es enérgico por necesidad, es incorruptible por naturaleza. Tales serán los representantes de la caridad en la prensa cuando llegue á tenerlos. ¿Será ilusion vana, ó cálculo razonable esperar mucho de ellos?

Si se tratase de hacer mal pediríamos millones, y los pediríamos muy alto, seguros no solo de no causar escándalo, sino de que nuestra voz hallaria eco: como se trata de hacer bien, seremos más parcós, y pediremos humildemente una limosna, como conviene á los defensores del necesitado.

Nos parece que no seria una pretension exorbitante exigir que en los *Boletines oficiales* se destinase una seccion para la Beneficencia. Esta seccion en que se publicarian los datos oficiales dignos de ver la luz pública como gastos, ingresos, donaciones, etc., etc. Deberia estar en parte á disposicion de las asociaciones filantrópicas, cuya junta central de provincia insertaria en ella lo que tuviera por conveniente. Discusion de principios y sistemas, noticias de su aplicacion, escitaciones al celo y á la caridad, publicidad y elogio de las acciones que de él son dignas, biografias de los bienhechores de la humanidad doliente y necesitada, resultados obtenidos y mejoras llevadas á cabo, abusos cometidos ó que pudieron corregirse, y todo en fin, lo que mereciese fijar la atencion pública, ó pudiera ilustrar la opinion.

Esto en las provincias. En Madrid si no pareciese exorbitante nos atreveríamos á pedir un periódico oficial de Beneficencia costeado por el Estado, redactado gratis por personas competentes,

y que desenvolvese en mayor escala la seccion de Beneficencia de los *Boletines oficiales*. Si esto parece excesivo, nos atreveriamos á pedir que si no habia gran inconveniente en suprimir el *Folleto de la Gaceta*, la *Seccion de Variedades*, y los *articulos de Teatro*, se dejase á disposicion de la caridad el espacio que ocupan. Tambien podria imponerse á todos los periódicos la obligacion de dejar una columna, media, lo que pareciese conveniente á disposicion de la caridad. Esto que podria parecer oneroso, no lo es realmente. Lo primero porque los sentimientos de humanidad son naturales en el hombre, y habria pocos directores de periódico que no se prestasen de buen grado, y ninguno que se atreviese á decirlo; lo segundo porque digan lo que quieran los periodistas de la *falta de espacio* la verdad es que por lo comun *sobra*, y no pareceria muy duro que hubiera quien ayudase á llenarle de un modo cualquiera.

Dado el impulso, no faltarian pensadores, artistas, poetas, que llevasen á los órganos de la caridad el tributo de sus meditaciones y de su genio. No faltarian ingenios que hiciesen sentir las dulces emociones de la virtud en vez de las desgarradoras del crimen. No faltarian pinceles y plumas sombrías que sin cambiar de naturalezas diesen un giro útil á sus facultades, ofreciéndonos tantos tristes dramas como pasan desapercibidos en vez de escitar la compasion, tantas espiaçiones no sospechadas, del crimen que se cree impune y dichoso. No faltaria, en fin, quien embelleciese la bondad, oponiendo la epopeya de la virtud, á la epopeya del crimen. Los periódicos órganos de la caridad serian bien pronto no solo un medio de ilustrarla y propagarla, sino un recurso pecuniario. Si se nos pregunta si tendrian suscritores, responderemos resueltamente que sí, preguntando á nuestra vez con Rioja:

¿Es por ventura menos poderosa  
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?  
No la acuses de flaca y temerosa.

#### IV.

##### EVITAR HASTA DONDE SEA POSIBLE LA AGLOMERACION DE LOS DESVALIDOS.

El hombre, criatura eminentemente sociable, necesita del hombre como complemento de sus grandes facultades y nobles instintos. Pero si la sociedad desarrolla todos los bellos gérmenes de su alma, la aglomeracion los deprava, dá pábulo á los malos, y viene á ser una causa permanente y poderosa de crimen y de desórden. La atmósfera moral como la fisica, se vicia cuando la respiran muchos en un espacio limitado.

Es una ley moral que los perversos instintos se desarrollen mas á proporcion que hallan mayor número de espectadores, que su fuerza esté en razon directa de la estension del teatro en que se presenta. Es otra ley moral que los afectos benévolos se debilitan en razon directa del espacio en que se ejercen, que los lazos se aflojan á medida que se estienden, que los dolores se compadecen menos cuando se ven en gran número y con frecuencia.

Partiendo de estos principios, se comprende cuan fatal debe ser á la moralidad de los acogidos en las casas de Beneficencia la aglomeracion que en ellas se nota. Entre muchos individuos, el vicio está siempre ámpliamente representado, y su voz siniestra halla numerosos ecos. Los afectos se resfrían necesariamente, porque el corazon del hombre es pequeño, y la facultad de amar y de compadecer no pasa de ciertos límites aun en las almas privilegiadas. Cuando se aglomeran en un mismo asilo centenares de desdichados, no es posible que se amen entre sí, ni que amen á los que los auxilian, ni que sean amados de ellos. En una turba reunida, entre hombres, cuyas relaciones son frecuentes é íntimas, la indiferencia dura poco, si no se aman se aborrecerán, y el ódio es una fuente abundantísima de desórdenes, ya por los males que crea, ya por los bienes que hace imposibles: no concebimos moralidad sin amor.

Si del órden moral pasamos al fisico, no habremos de esforzarnos mucho para probar los inconvenientes de la aglomeracion.

A poco que escuchemos lo que nos dice la química sobre la composicion del aire, á poco que interroguemos la fisiología sobre

las condiciones que debe tener para que sea respirado sin detrimento de nuestro organismo, veremos todos los inconvenientes materiales de reunir un gran número de individuos. ¿Por qué en toda campaña que se prolonga un poco, las bajas ocasionadas por las enfermedades escuden á las que produce el plomo y el acero? Las fatigas, la intemperie, la alimentacion, podrán tener parte en el fenómeno, pero una muy principal debe atribuirse á la imposibilidad de establecer en los campamentos una policia tan perfecta que dé por resultado un aire salubre. ¿Por qué hay en los hospitales enfermedades peculiares de aquellos establecimientos? Porque el aire se vicia. Es fatal y muy frecuente, el olvido que durante la enfermedad se hace de la higiene, como si no influyera tanto, como si no influyera más en la curacion que la terapéutica. ¿De qué sirve que deis á un enfermo el alimento y la medicina que su estado reclama, si se está envenenando con el aire que respira? Analizad el aire de vuestro ventilado dormitorio cuando os recogeis por la noche, analizadle al levantaros por la mañana, notad la diferencia, y decid qué serán esos locales donde respiran tantos vivientes en tan limitado espacio, y donde hay además una porcion de emanaciones más ó ménos mefíticas que contribuyen á viciar la atmósfera, como sucede donde quiera que hay enfermos. Pero no necesitamos ser químicos; las ropas, los colchones, todo cuanto hay en la mayor parte de los hospitales, exhala un olor repugnante que se comunica á nuestros vestidos si permanecemos allí algun tiempo; esta repugnancia que sentimos al respirar aquellas emanaciones, es la advertencia que la naturaleza nos hace de un riesgo inmediato, advertencia que por lo comun ó no se escucha ó no se atiende.

De la dificultad de dar aire puro á un gran número de enfermos acumulados en un mismo local, pasamos á la de proporcionarles asistencia conveniente. ¿Es posible que el facultativo mas entendido lleve condiciones de acierto á un hospital donde visita gran número de enfermos? Se dice que por estar reunidos los puede asistir mejor; más fácilmente, convenido; mejor que si se hallasen diseminados, ni tan bien, nó.

En una casa de la poblacion, la diferente forma del portal, de la escalera, la estension y mueblaje de la estancia, el color del papel de que está forrada, el nombre del enfermo, la expresion de dolor de aquella muger que le asiste, aquel niño que con dichosa

imprevisión ignora la horrible desgracia que le amenaza, todo contribuye á fijar en la mente del médico la individualidad del paciente, para que no le confunda con el que ha visto antes, con el que verá despues: tiene tambien media hora, un cuarto de hora siquiera para reflexionar.

En el hospital el enfermo no tiene nombre, es un número par ó impar que está antes del que le sigue, y despues del que le precede. Ninguna diferencia ni en su lecho, ni en el lugar que ocupa; ninguna persona que atendiéndole, llame sobre él la atencion; ningun signo moral ni físico, que marque su individualidad en la mente del médico, que á paso de carga pasa de cama á cama, de número á número, sin que le sea dado observar los mil detalles precisos para un diagnóstico razonable, y para el acierto muy difícil aun en las mejores condiciones. Esto es tan exacto que da lugar á *quid pro quos* terribles, y como el hombre se aprovecha de todo para reir ó para llorar, segun su disposicion, estas visitas facultativas de hospital, forman ya una parte del vasto dominio de la caricatura. Recordamos entre otras una que representaba al médico recetando sanguijuelas en los pies, á un mutilado que tenia amputadas entrambras piernas por el muslo: este cuadro que hace reir al mayor número, debe hacernos pensar.

A los *quid pro quos* de los facultativos deben sumarse los de los asistentes; la dificultad, la imposibilidad de dar á tantos enfermos lo que cada uno necesita, y de tomar alguna especie de afecto por criaturas cuyo nombre no se aprende, cuya fisonomía no se recuerda porque no hay tiempo.

A los inconvenientes indicados hay que agregar otro no menos grave. Al hospital de la capital, *donde le hay*, deben acudir los enfermos de toda la provincia. ¿Se concibe que un enfermo acometido de una enfermedad aguda puede ser conducido sin riesgo de la vida diez, quince, veinte leguas sobre una caballería, en el rigor del invierno ó del verano? Ver á un hombre montado sobre un pollino, con la cabeza sobre el cuello del animal, con los brazos sirviéndole de almohada, con las piernas colgando y siguiendo los movimientos que la marcha de la bestia les imprime, como si pendiesen de alambres; un hombre cuya respiracion es un quejido, y que pide con voz débil agua á su conductor que le da la que halla mas á mano preocupado como está, no del sufrimiento del triste, sino de

llegar pronto al fin de la jornada, hacer á la autoridad la entrega del enfermo, y volverse á su casa despues de un viage *que nada le vale*. Ver un hombre así es mas triste que verle conducir en el feretro á la última morada. Entonces al menos no sufre; la muerte del que sucumbe se supone inevitable, pero las torturas del enfermo tratado con tal dureza, podian evitarse.

Quisieramos que desapareciera hasta el nombre de hospital que despierta tan tristes ideas, que reasume tantos dolores y tantos abusos, y que inspira una repulsion harto justificada á los que en él deberian hallar consuelo.

Creemos que á un hospital de provincia sería preferible una enfermería en cada cabeza de Partido. Los enfermos podrian ser allí conducidos sin riesgo de agravarse, y por sus mismas familias. Con un pequeño aumento de retribucion, el médico del partido los asistiría bien, porque son pocos, él no está muy ocupado, y en una poblacion pequeña el tiempo no escasea como en las grandes ciudades. Allí el aire es más puro, la vigilancia mas fácil, los abusos mas difíciles, porque no es probable que pasen desapercibidos donde todo se repara. No hay fondos, se dirá tal vez. ¿Pues qué el partido no contribuye para sostener el hospital de la provincia, que tal vez le es inútil? ¿No sucede que muchos partidos por su distancia, su topografía, y la falta de comunicaciones, ven perecer sus enfermos pobres en el abandono y miseria mas lamentables, sin utilizar para nada los establecimientos benéficos de la capital? Las enfermerías de partido con asociaciones filantrópicas que las auxiliasen, con una buena organizacion, con fondos que no deberian faltarles sacando la parte que representaban en el presupuesto de Beneficencia de la provincia, y con la caridad que no faltaria tampoco, máxime cuando los necesitados no serían desconocidos, ni estraños á los que habian de socorrerlos; estas enfermerías, decimos, podrian evitar en los hospitales esa fatal aglomeracion que lamentamos, y hacer positiva la Beneficencia para muchas comarcas, donde hoy no se conoce sino por los sacrificios que impone.

Recorred los caseríos, las aldeas, y vereis á qué escenas da lugar la falta de un asilo benéfico que reciba los enfermos pobres en la cabeza de partido. La miseria es dura, por desgracia, no por culpa suya: los dolores que no son compadecidos ni consolados, encallecen el corazon, como encallece las manos un trabajo rudo.

Hay en una aldea un enfermo sumido en la miseria; su familia, sus vecinos, todos se marchan á trabajar al campo ó á mendigar por la comarca; no quedan mas que algunos niños de corta edad, incapaces de prestarle el menor auxilio, y que por lo comun con sus gritos y juegos, aumentan las molestias del paciente que pasa el dia sin recibir ningun género de socorro, y tal vez la noche, porque una casualidad cualquiera, ó su poca diligencia, retuvo á la única persona de su familia que podia auxiliárle. Estos casos no son imaginarios, ni escepciones rebuscadas, los hemos presenciado muchas veces, y forman un cuadro desgarrador muy impropio de un pais cristiano y civilizado.

La aglomeracion de niños en los hospicios é incluso no es menos fatal. Hay provincias, en que la mayor parte, casi la totalidad de los espósitos van á lactarse al campo; pero esto depende mucho de circunstancias locales y de la actividad é inteligencia de las personas que dirigen los establecimientos benéficos, toda vez que por falta de publicidad no se nota en ningun ramo de Beneficencia, unidad y armonía. Aquí la práctica va con la razon, allá se acerca un poco, en otro lugar se aleja totalmente: todo segun influencias individuales.

De acinar los espósitos en la capital de provincia, se siguen gravísimos males de mas de un género. En el órden físico la lactancia se hace en malas condiciones, ya por que la atmósfera que respira el niño no es bastante pura, ya porque el alimento que recibe es insuficiente y de mala calidad. La naturaleza ha dado una madre á cada hijo, la Beneficencia da muchas veces dos ó tres niños á cada muger mercenaria que va á criar á la inclusa cuando no encuentra una casa donde criar. La Beneficencia retribuye á las nodrizas con un salario que suele ser la mitad del que ganan en las casas particulares; el resultado no es difícil de preveer. Salvas algunas escepciones, las nodrizas de la inclusa ó son de constitucion poco robusta, ó padecen algun achaque que puede transmitirse con la leche, ó debiendo al vicio ser madres, y al crimen no tener hijos, envenenan á la vez el cuerpo y el alma de la mísera criatura que amamantan.

¿No sería mejor que en las cabezas de partido se entregase el espósito á la muger que quisiese encargarse de él reuniendo las condiciones de robustez y buena conducta? Hay muchas que allí le

recibirían de buena gana, pero que no pueden ir á buscarle á la capital de provincia distante muchas leguas. El espósito criado en el campo debería estar bajo la tutela y proteccion del alcalde, del párroco, y de algun individuo de una asociacion filantrópica, sobre todo de alguna señora. Así no solo recibiría el alimento suficiente, no solo viviría en condiciones higiénicas favorables á su desarrollo físico, sino que en muchos casos se preservaría su alma del contagio de esos vicios compañeros inseparables de la aglomeracion de los jóvenes. Sucede muchas veces que la nodriza adopta al espósito, que le quiere como á su propio hijo, y pasa á ser un individuo de la familia.

Estas adopciones serian mucho mas frecuentes, si como decimos, en vez de aglomerar, se diseminasen los espósitos poniéndolos bajo la vigilancia y proteccion de personas caritativas é ilustradas, con cuyo auxilio hallarian siempre consuelo, y muchas veces una familia. Nunca la Beneficencia hará demasiado, nunca hará bastante, en favor de una criatura que nace sin madre.

Que los incurables, inválidos y crónicos, se lleven á la capital de provincia, es razonable, que se lleven los enfermos y espósitos, nos parece absurdo, salvo en los casos, raros, en que sea absolutamente indispensable, como cuando el niño no halla persona que quiera lactarle fuera de la inclusa, ó cuando el enfermo necesita una operacion imposible de hacer en una cabeza de partido. Este último caso se dará muy pocas veces, y en cuanto á nosotros, por un poco de higiene, de caridad y de orden, dariamos de buena gana todos los prodigios que hace la cirujía en los grandes hospitales.

## V.

### LLAMAMIENTO AL SACERDOTE Y A LA MUGER COMO INDISPENSABLES AUXILIARES.

Los párrocos tienen ciertas atribuciones marcadas por la ley, sin duda llenarán con exactitud los deberes que les imponen, pero no es menos cierto que la masa del clero no presta á la Beneficencia el auxilio eficaz que podia darle y ella necesita. Los sacerdotes caritativos van á formar parte de las asociaciones de San Vicente de Paul, donde se hallan establecidas, ó sin ingresar en ellas hacen grandes

limosnas ya en las ciudades, ya en las aldeas, pero todo esto lleva un carácter puramente individual, y mas bien que el sacerdote, se ve allí el hombre bueno. El clero como tal no está unido con un estrecho lazo para amparar al desvalido donde quiera que se halle, su protectorado no se hace sentir, su organizacion fuerte de suyo no presta su fuerza á los desdichados que la necesitan.

Hay muchas cosas que no puede hacer la ley, pero hay otras que le es dado alcanzar. Relativamente al corto número de sacerdotes que conocemos, son muchos los que hemos visto llenos de amor de Dios y del prójimo, y cuya vida podría ser una no interrumpida cadena de obras de piedad. Sin duda que estos varones, cuyo nombre pronunciamos con respeto, hacen bien, pero muy poco comparado con el que podrían hacer si la caridad se organizase, si su virtud sirviera de ejemplo, si sus esfuerzos se auxiliasen mutuamente en vez de perderse en el aislamiento, si se utilizara su abnegación, y el desprecio de las grandezas humanas, para ir á buscar al vicioso á la orgía, al criminal á la cárcel, al potentado á su palacio donde se olvida del pobre, al miserable á su boardilla donde maldice al rico, á todos donde ofenden á Dios desconociendo sus santas leyes.

La ley con el prestigio que da, con la fuerza que en pos de sí lleva, debería organizar asociaciones filantrópicas exclusivas para el clero. El criminal en su prision, el niño sin padres, el enfermo en su lecho de dolor, han menester un sacerdote que lleno del espíritu de Dios, ampare y fortalezca aquellas tres debilidades, la de la infancia, la de la enfermedad, y la del crimen. ¿El capellan pagado de la cárcel, del hospital y del hospicio llenarán esta difícil y sagrada mision? No es nuestro ánimo ofender á ninguna clase, solo queremos decir que la abnegacion no se puede exigir como deber, y que solo la caridad que *todo lo soporta, y todo lo espera, que no piensa mal, ni se mueve á ira*, puede oponer una constancia sin límites á obstáculos siempre renacientes, y no llamar nunca grande al sacrificio hecho, ni pequeño al bien obtenido. ¡Seria tan fecunda en buenos resultados una asociacion filantrópica del clero, dividida en diferentes secciones, y donde entrando voluntariamente pudiese cada cuál elegir la ocupacion mas en armonía con sus facultades! Con el espíritu de proselitismo propio de la religion cristiana, buscaria y hallarla asociados en todas partes, y en todas los habria menester,

porque ¿dónde no hay niños, enfermos, y culpables? ¡Qué bella sección en el Boletín del clero de cada Diócesis, la que diese cuenta de las ventajas obtenidas, la que enseñara el modo de alcanzarlas, la que tributase un justo homenaje á los varones evangélicos, cuya vida fuese un no interrumpido sacrificio hecho en aras de la humanidad!

El hombre en general es apático, es un ser eminentemente pasivo, solo así se explica que con una inteligencia tan elevada, haga tan pocos progresos en el camino del bien. El sacerdote como el seglar necesita que un impulso externo venga á utilizar sus facultades interiores, que otra voluntad no mejor, pero mas enérgica que la suya, combinándose con ella le revele su poder. A veces vegeta en el aislamiento, dando limosna al acaso, consumiendo en la inacción sus facultades mas nobles, agoviado tal vez por ellas, porque es frecuente verlas abrumar al que no las emplea.

Si estas consideraciones son exactas con respecto al sacerdote, tienen todavia mayor fuerza aplicadas á la muger, en quien median ademas otras circunstancias. No hay para que encarecer la utilidad de que acuda á los asilos piadosos, el sexo que el instinto público apellida *piadoso*. ¡Pobre del niño que no tiene una muger que le adivine cuando no habla todavia, que le enseñe á orar así que articula algunas palabras! ¡Desdichado del enfermo, cuya triste mirada no se refleja en los ojos de una muger, en cuya frente no se posa su delicada mano, cuya alma no recibe consuelo de aquella voz suavísima divinizada por la compasión!

Los *enfermeros* nos han inspirado siempre una invencible repulsi6n, y una profunda lástima el doliente condenado á recibir su auxilio. Nos parece que debe agravarse cualquier enfermo que solo ve á su alrededor un hombre grosero, sucio, sin afeitarse, oliendo á tabaco y aguardiente, de mirada aviesa ó insignificante, de voz áspera, con las manos callosas, y el corazón tambien.

Mientras la asistencia de los desvalidos no se desempeñe por el sexo piadoso, habrán de agregarse á los dolores inevitables, otros tal vez no ménos graves que podían y debían evitarse. Mientras el ramo de Beneficencia no esté en su mayor parte á cargo de las mugeres, dejará mucho que desear para todo el que la contemple como cristiano, como filántropo, y hasta como hombre de órden.

Fen6menos sociales hay á que no se habitúan los ojos del alma,

por mas que los contemplan todos los dias. Uno de ellos es el olvido de la ley moral que señala á la muger como el consolador nato del enfermo y del anciano, y como maestro, guia, y amparo, de la infancia.

Dejando á un lado las naturalezas privilegiadas, apenas hallaremos en el hombre vulgar una edad propia para confiarle el cuidado de la infancia ó de la enfermedad. De niño tiene sus juegos; de mozaivete sus travesuras; de jóven sus estudios, sus calaveradas y sus amores; de adulto su familia y su ambicion; de anciano su indiferencia.

La muger por el contrario: desde niña es ménos turbulenta en sus juegos, mas dócil, y naturalmente dispuesta á la abnegacion: parece que Dios le ha dicho, *vivirás sobre la tierra para sufrir y consolar*. Es raro que aun en el tumulto de las pasiones, sea sorda á la voz de la caridad; que en medio de las frivolidades de una educacion estraviada no la haga volver en sí un grito de dolor; y que rodeada de cuidados, y llena de los afectos de esposa y de madre, no halle eco en su corazon la voz doliente del desdichado. Llega un dia en que ya no es hermosa, en que sus hijos no la han menester, y se apartan de ella para formar otra familia, ó para buscar fortuna; en que queda viuda, ó en que su marido le ofrece cuando mas una amistad fria. ¿Qué le resta? La ambicion és un mal recurso, pero es un recurso al fin, no le tiene. Su inteligencia no está cultivada, tampoco puede vivir con su inteligencia. Su belleza se estinguió, ya no puede vivir con las satisfacciones del amor propio halagado. Su corazon le queda nada mas, ese corazon que necesita amar, cuando ella no puede ya inspirar amor. ¡Pobre muger! Está bien sola, es bien desgraciada! ¿Qué hara? La caridad puede ofrecerle un asilo; su amor puede divinizarse convirtiéndose en compasion; poco á poco dejará de verter lágrimas consolada con enjugarlas, y cuando ya no puede ser adorada, será bendecida.

La ley deberia comprender y sancionar toda la importancia que tiene la muger para aliviar á la humanidad doliente. Tal vez se nos diga ¿qué puede hacer la ley? Mucho, responderémos. Vivimos precisamente en un tiempo en que ni las verdades ni los errores tienen muy firme asiento en la opinion. Las señoras se reunen en todas partes con objeto de aliviar á los desdichados de una manera ó de otra; allegan fondos, es necesario que haya quien se haga cargo de ellos;

hay cuentas y formalidades que llenar, y cosas que es indispensable escribir, se necesita quien escriba. Un poco choca oír que en tal asociacion hay *Secretaria y Tesorera*, algunos acompañan estas palabras con una sonrisa burlona; pero lo santo del objeto impone silencio, y los hombres sensatos aprecian en todo lo que vale el servicio prestado por las caritativas señoras.

Dado el estado de la opinion de que no puede prescindirse ni aun para hacer bien, nos parece que no tendria nada de violento que la ley diese á las señoras una intervencion oficial en el ramo de Beneficencia.

Hubo un criminal escándalo, mas notable que notado, y que pone bien en relieve lo que hemos dicho del amparo que necesitan los desvalidos, de los fraudes de que son víctimas, de la indiferencia ó complicidad de los empleados, y que por último prueba la importancia de que las señoras intervengan, é intervengan oficialmente en el ramo de Beneficencia.

En el Hospicio de la Coruña habia como hay en todas partes, el fatal sistema de contratar con especuladores el abastecimiento de los acogidos. El pan era de tan mala calidad que se hizo presente al Gobernador, el cuál insistió en mandar que se admitiese. En vista de esta obcecacion de la autoridad, la Condesa de Mina, hizo analizar el pan por el profesor de química de la Universidad de Santiago, y con el análisis en la mano, pidió de oficio una audiencia al Gobernador, al cuál se presentó con una comision de la asociacion de señoras. En presencia del análisis, aquella autoridad dijo: *que veía que el pan era bueno*. Las señoras se retiraron sin contestar. En el terreno de la razon no habia en efecto contestacion posible, para una autoridad tan ignorante, ó tan olvidada de su deber, que cuando la ciencia dice que un alimento es malo, replica que *vé* que es bueno. Pasaron dias y el mal continuaba. La Condesa de Mina en presencia de dos vocales de la Junta de Beneficencia, tomó un pan, lo dividió, y la mitad sellada la remitió á la Real Academia de Medicina de Madrid, pidiendo el análisis como vice-protectora del Hospicio: el resultado fué el mismo que en Santiago. Estos análisis se remitieron por la misma señora al Ministro de la Gobernacion, acompañándolos una muestra del pan que no solo era de harina de cebada averiada y salvados en proporcion inadmisibles, sino que tenia *gusanos*. Despues de las dilaciones inseparables por

desgracia de todo expediente, el Ministro dirigió el siguiente telegrama. «El Ministro de la Gobernacion á la Condesa de Mina. En este momento se da orden al Gobernador civil de esa provincia para que á toda costa varíe el pan del Hospicio.» Se mandó tambien imponer una multa de 2,000 reales al contratista. A pesar de todo esto, el Gobernador no puso remedio alguno, pasaron *quince dias*, sin que el pan variase, y en 48 horas entraron en el Hospital *cincuenta y seis* niños del Hospicio. La vice-protectora ofició á los médicos del Hospital para que declararían si á su juicio la enfermedad podia ser consecuencia del pan; unos mas embozadamente, alguno con una franqueza que le honra, declararon que el pan era en efecto la principal causa del mal. La Condesa de Mina remitió copia de estos oficios al Gobernador, pidiéndole al mismo tiempo permiso para abastecer de pan el Hospicio *á su costa*, interin el Gobierno de S. M. resolvía lo conveniente. El Gobernador, *sin contestar*, mandó reunir una porcion de facultativos y otras personas para visitar el Hospicio, analizar el pan (que se habia analizado dos veces) y declarar si la enfermedad podia ser su consecuencia. Pasaron dos dias, el pan continuaba sin mejorarse, la Condesa de Mina dirigió una exposicion á S. M. y un Telégrama al Ministro de la Gobernacion diciéndole que el mal continuaba. El Gobernador fué separado, y desde entonces los acogidos al Hospicio comen buen pan, y barato, por que la asociacion de señoras á propuesta de la Condesa de Mina, se ha presentado como contratista para abastecer de pan á todos los establecimientos de Beneficencia. Dentro del Hospicio se estableció una panadería á cargo de las hermanas de la caridad, no hay idea de ganancia ni de fraude en que tan fácilmente degenera, y los pobres bendicen á las caritativas señoras que los han amparado, y les hacen tanto bien.

No comentamos este hecho sobre el cuál podria escribirse un libro, y que confirma tan tristemente algunas de nuestras proposiciones que tal vez habrán parecido exageradas. Solo dirémos, suprimid estas piadosas señoras, suprimid el carácter oficial de su presidenta; ¿qué hubiera sido de los pobres niños? Que os responda la terrible cifra de *cincuenta y seis* conducidos al hospital en 48 horas.

Las altas clases, dicho sea en honor suyo, han dado un alto ejemplo. Donde quiera que veais algunas piadosas mugeres, reuni-

das para consolar á sus hermanos dolientes, preguntad quien las preside y os responderán. La Señora Condesa D... La Señora Marquesa D... La señora Duquesa D... Está bien, pero no basta. La caridad no puede ser una virtud aristocrática, es la virtud de la humanidad. La clase pobre no tiene tiempo, ni á veces sensibilidad para ocuparse de los dolores ajenos, agoviada con los propios, pero la clase media, puede, y debe participar con la mas elevada del noble privilegio de hacer bien á sus semejantes. Empieza es cierto á prestar su auxilio, pero no en todas partes, ni en la proporción que debiera. Aun prescindiendo de que por ser la mas numerosa su acción sería muy eficaz, aun prescindiendo de que sus hábitos la hacen mas propia para prestar ciertos servicios, que difícilmente pueden esperarse de la elevada, aun prescindiendo del bien de la humanidad doliente y menesterosa, en el solo interés de la moral, debe procurar el poder supremo, la comunicacion de todas las clases, cuando el objeto que las reúne es útil: aqui se notan las sublimes armonías del bien. Reunid con un objeto vicioso un hombre del pueblo, y un gran señor, y veréis como se comunican sus malas cualidades y el primero se hace insolente, y grosero el segundo. Reunidos con un objeto santo, y ocupados en conseguirle, veréis como el hombre toscos suaviza sus maneras, y tiene mas dignidad, cómo el prócer depone su altanería, y se hace mas afectuoso. De un mal resultan siempre mas daños que se habian previsto, y de un bien mas ventajas que se habian esperado: el poder supremo al fomentar las asociaciones filantrópicas, y procurar que ingresasen en ellas las diversas clases, creyendo solo socorrer á los necesitados, daría un gran paso para moralizarlas todas.

No concebimos establecimiento de Beneficencia bien montado sin señoras que le vigilen. ¿Ni aun los que están á cargo de las hijas de la caridad? Ni aun esos. Tributamos á estas piadosas mujeres todo el respeto que merece su abnegacion y evangélicas virtudes, pero si con su santa vida ennoblecen la naturaleza humana, si la edifican con su ejemplo, no les es dado cambiarla.

Criaturas hay cuyo celestial origen se lee en su inmaculada frente, que no refleja nada terrenal; que santas por su inocencia, ó purificadas en la desgracia, ven el crimen con asombro, el vicio con lástima y el dolor con pena, renovada con igual intensidad siempre que se renueva la causa que la produce, pero estas subli-

mes escepciones no destruyen la regla *de que el hábito embota la sensibilidad.*

Queremos para el enfermo no solo una muger caritativa que le acuda incansable, sino otra á quien el espectáculo de su dolor, á que no está habituada, produzca esa triste impresion, le inspire ese ardiente interés que no puede causar al que le vé todos los dias. La señora á quien toca de guardia en el hospital un dia cada doce, cada quince ó cada mes, sufre, y ese sufrimiento es precisamente el origen de los consuelos mas delicados que recibirá el enfermo; por él adivinará todo lo que le aflige ó puede aliviarle. ¡La indiferencia es tan mala observadora!

Además, las señoras tienen cierto prestigio con los dependientes subalternos de Beneficencia, muy ventajoso para los acogidos. Son esposas ó parientas ó amigas de los titulos, de las autoridades, de los capitalistas; sus quejas llegarán pronto al que puede castigar á quien faltó, y por el contrario, la buena conducta se hará acreedora á una recomendacion eficaz. La muger mercenaria que tal vez descuidaría el caldo que ha de reparar las fuerzas del pobre enfermo, si solo se tratase de él, vigila con esmero los alimentos que han de probar las señoras de guardia. Solo con gustarlos aseguran su buen condimento, y parece que echan sobre ellos como una bendicion.

Otra ventaja de gran precio tendria la asistencia generalizada de las señoras á los establecimientos de Beneficencia, la de contribuir á suavizar las costumbres, y amortiguar los ódios de clase que tantas causas tienden en nuestros dias á encender. El hombre del pueblo á quien se escita con la teoría de una igualdad imposible, con el paralelo de su miseria y de la opulencia de otros, si no halla razones en su cabeza con que combatir á los que pretenden estraviarle, conservará en su corazon un recuerdo de aquella bendita señora, que como un ángel estuvo en el hospital á la cabecera de su lecho, ó de la que le vino á traer un socorro cuando no tenia trabajo, ó cuida de sus hijos que su pobre madre abandona para ayudarle á ganar el sustento. ¿Cómo aborrecer al padre, al esposo, al hijo de estas dulces criaturas que le hacen tanto bien? ¿No habeis notado la impresion que produce la vista de una gran señora en los barrios que habita la gente pobre, si alguna casualidad la lleva allí? Es dolorosa para el observador filósofo y cristiano.

¡Miradas de odio ó desvío, sonrisas de indefinible espresion, palabras ofensivas articuladas á media voz, una especie de anatema colectivo que seria tan útil y tan fácil cambiar en una bendicion!

## VI.

### DAR A LA BENEFICENCIA EL AUXILIO DE LAS CIENCIAS.

La Beneficencia en España marcha empíricamente en el más fatal aislamiento de las ciencias que pudieran auxiliarla.

No consulta la higiene para la conservacion de la salud, ni la química para analizar y buscar alimentos sanos, nutritivos y baratos; ni la moral y la economía política para utilizar sus luminosas verdades.

*Educacion, trabajo, asociacion*, hé aquí las tres poderosas palancas que debian emplearse para disminuir en lo sucesivo el número de pobres, y utilizar las fuerzas de los que en la actualidad existen.

No puede entrar en el plan de nuestro trabajo estendernos largamente sobre las ventajas de una buena educacion, que por otra parte nadie niega en principio; pero no podemos dejar de deplorar el abandono en que se deja al niño pobre sepultado en la *mendicidad hereditaria*, para servirnos de la enérgica y exacta frase de los caritativos fundadores del asilo agrícola de Cernay. ¿De qué serviría multiplicar los asilos benéficos sino procuramos extinguir en su origen las causas de la miseria? Tengamos presente el ejemplo de Inglaterra, donde el socorro que la ley señalaba á los pobres los multiplicó; donde la contribucion que tenia por objeto auxiliarlos, llegó á ser tan pesada é intolerable, que para pagarla se vendia el miserable ajuar del artesano ó del labrador, resultando un impío despojo del pobre trabajador que conservaba su dignidad, en favor del holgazan que no se avergonzaba de figurar en la lista de los mendigos.

La Beneficencia no puede destruir las causas del pauperismo, pero puede y debe arrancar al niño pobre de esa atmósfera letal que le rodea al nacer haciendo que en él parezca congénito el vicio: el que mendiga dos años es vago toda la vida. Y al hablar de educacion estamos lejos de entender por tal la que se dá en

nuestros hospicios donde se deprava el alma, y se enseña el cuerpo á ciertos movimientos mecánicos y aun esto imperfectamente. Por educacion entendemos la *gimnasia de todas las facultades útiles, de todos los buenos instintos, y la estincion de los malos por falta de ocasiones en que ejercitarse*. Lo primero que hay que procurar es hacer al niño bueno, evitar siquiera que sea malo, despues él será ebanista, tegedor ó zapatero.

¿Por qué no se estudian los asilos agrícolas que con tanta economía y buenos resultados se plantean en otros países? En el nuestro tan ignorante en todo lo que se refiere á agricultura, y tan poco poblado, podian ser á la vez una escuela para la juventud desvalida, y un ejemplo para la poblacion entera. La agricultura es de todas las artes la más propia para mantener la salud del cuerpo y del alma. No hay niño que se sujete de buen grado á estar en un taller, y todos cavan, riegan y siembran con gusto. Es de notar la laudable emulacion que en los asilos agrícolas se establece entre los pequeños colonos, que tienen cada uno su huertecillo, y la satisfaccion con que ven nacer y crecer sus plantas.

Sin llegar los niños pobres al triste extremo de la mendicidad, se halla su educacion en el más lastimoso estado, y la Beneficencia debia organizar sociedades que combatiesen la inercia, la ignorancia de los padres, y los malos ejemplos que dan con su intemperancia, sus palabras obscenas é irreverentes á la divinidad, sus hábitos de holganza y su falta de economía.

Esta última circunstancia se le echa en cara al pobre y al parecer con razon, señalándola como la causa más principal de su miseria, y el egoismo cierra los oidos á la compasion, y su mano á la limosna, diciendo que son pobres porque son despilfarrados y no *piensan en mañana*.

Las ciencias sociales lo mismo que las físicas no pueden aislarse, ni puede caminar una sin el auxilio de las otras. Si la Beneficencia interroga tan solo la economía política y prescinde de la moral se equivocará, será cruel y no conseguirá su objeto, porque desconociendo el corazon del hombre le pedirá imposibles. Nada más comun que declamar contra la *imprevision del pobre*, esa providencial y jovialísima compañera, que le permite estar alegre sin ser dichoso, y cantar la víspera de su infortunio. El que no ha sentido nunca el hambre ni las privaciones materiales discurre

así. El pobre tiene, por ejemplo, 90 rs. para treinta días, gaste 3 rs. diarios, y nunca se verá absolutamente privado de recursos, y no que gastando ciertos días cinco ó seis, llega uno en que no tiene absolutamente que gastar: esto es concluyente. Pero no hay nada más inexacto que las ciencias exactas aplicadas ciegamente á la moral.

El pobre necesita un esfuerzo menor para soportar el hambre que para evitarla:

Porque en él la materia prevalece sobre el espíritu y no es fácil que la *idea* de un mal prevalezca sobre el *hecho* de un goce:

Porque privado de los placeres del espíritu se arroja con una especie de frenesí sobre los de la materia:

Y, en fin, porque el hombre, pobre ó rico, resiste mejor al dolor que á la tentación, soporta mas bien como ser pasivo, que evita como ser activo, porque tiene mas fuerza en su cuerpo que energía en su voluntad.

Partiendo de este principio, la Beneficencia debe admitir como un mal inevitable la imprevision del pobre, poniendo todo su cuidado en combatir sus consecuencias, para lo cual puede aprovechar hasta la misma tendencia á no guardar nada que se nota en el que tiene poco. Las asociaciones de socorros mútuos llenan perfectamente este objeto, y nada seria más fácil que organizarlas de modo que no tuvieran los inconvenientes que pueden hacerlas peligrosas. La índole de nuestro trabajo no nos permite indicar por qué medios, no podemos hacer otra cosa que sentar principios, y uno de los más importantes nos parece, el de que las ciencias sociales como las otras se auxilian, se completan, y que la Beneficencia aislada de ellas no puede saber lo que hace, ni hacer lo que debe.

---

## CONCLUSION.



Si partiendo de los principios que hemos sentado, estudiamos la legislacion vigente sobre Beneficencia, nos convenceremos de que tiene grandes errores y grandes vacíos.

No dispone lo necesario.

No garantiza el cumplimiento de lo que dispone.

No señala recursos para proveer á los gastos que han de originarse en el caso de que se cumpla lo que manda.

En lugar de mandar resueltamente, es tímida; en lugar de decir *habrá* tal ó tal cosa, dice á veces, *se procurará que haya*. ¿Es este el lenguaje de la ley?

¿Y si no se procura, á quién se exige la responsabilidad? A nadie, que es el caso actual. No se ha *procurado* que haya hospitales en todas las capitales de provincia á no ser que se dé este nombre á una mala enfermería con algunas camas, donde no se admite mas que á los vecinos de la ciudad, como sucede en muchas. No se ha *procurado* tampoco la creacion de los hospitales llamados de *distrito*, ni menos que donde quiera que existe junta municipal de Beneficencia *haya por lo menos* un establecimiento dispuesto para recibir á los enfermos, ni se tienen preparados medios de trasladarlos al hospital del distrito ó provincial, etc., etc.

Seria menester escribir una memoria solamente para señalar los defectos de la legislacion sobre Beneficencia, como hemos di-

cho ya, su más severa crítica se halla en el estado de los establecimientos benéficos.

Si la ley de Beneficencia como las otras, se presenta por el gobierno, pasa á una comision, se discute y se sanciona, será siempre incompleta y defectuosa. No puede formularse con acierto por hombres que aunque ilustrados en otras materias, carecen en esta de conocimientos especiales. Es preciso haber vivido mucho con los desvalidos, haber sentido sus males, haber estudiado los medios de aliviarlos, haber oido á los que una larga esperiencia, pone en estado de dar consejo, haber presenciado hasta que punto la maldad humana puede agravar la suerte de los infelices, y todo lo que es capaz de hacer la virtud para consolarlos: esto no se aprende en las cátedras, ni en los libros, se aprende en los hospitales: á *priori* nadie puede preveer todo el bien, y todo el mal de que es capaz el hombre. Y este bien y este mal es preciso que la ley le aprecie con exactitud, para que sea segun conviene suspicaz ó confiada, para que sepa lo que tiene que temer de los unos, y lo que de los otros puede esperar.

En nuestro concepto no hay ninguna ley mas dificeil de formular que la ley de Beneficencia, ni ramo en que sean mas necesarias y mas raras las especialidades. Como lo que importa es menos reformar pronto que reformar bien, convendría tomarse el tiempo necesario para estudiar la materia.

Es triste que se piense tanto en los medios de hacer mal, y tan poco en los de hacer bien; que se manden comisiones á estudiar los progresos de la estrategia, y no vaya un solo individuo á estudiar los de la caridad; que se estimule el talento con premios en las bellas artes, y no en las ciencias que pueden dar alivio á la humanidad doliente; y en fin que entrando el dolor por tanto en la sociedad, los medios de aliviarle entren por tan poco en el presupuesto.

Deberian comisionarse personas competentes para estudiar la legislacion y la práctica de otros paises más adelantados.

Si en otras naciones cuando hay una obra dificeil, y en la nuestra cuando hay una obra bella, se abre un certámen público, deberia abrirse con mas razon ofreciendo un premio al autor del mejor proyecto de ley sobre Beneficencia.

Deberia crearse un periódico especial donde se discutiesen las cuestiones que á Beneficencia se refieren.

Cuando se hubieran adquirido por estos medios conocimientos que hoy faltan, debería abrirse una amplia informacion parlamentaria en que la comision encargada llamase á su seno á todas las personas que pudieran ilustrarla, ó pidiese noticias por escrito á las que la ausencia ú otras circunstancias impidiesen concurrir personalmente: la ley que así se hiciese distaria mucho de la que hoy existe, y podría acercarse á la perfeccion.

Lo repetimos, una ley de Beneficencia que llene su objeto, no puede salir de las comisiones del congreso, ni de las secretarías del ministerio. Las personas especiales en este ramo viven muy lejos de la política y del poder. El legislador debe buscarlas por los muchos medios de que dispone. Habrá, sin duda, que vencer grandes dificultades ¡qué reforma se planteó sin ellas! pero puede contarse tambien con auxiliares poderosos; jamás una idea generosa proclamada desde arriba, deja de hallar abajo numerosos ecos.

Si la práctica del mal no debe nunca servir de excusa para formular la teoría del bien, menos todavía en nuestra época y en nuestra patria. Las ideas estan conmovidas; la duda tiene mas partidarios que la afirmacion; el volcan de las revoluciones ha dejado las inteligencias como el metal candente que recibe antes de enfriarse una marca cualquiera; todo se ha conmovido, el bien lo mismo que el mal: ni los errores, ni las verdades tienen raiz muy profunda: en tal estado, la accion de la ley es necesaria, y debe ser poderosa.

... cuando se celebran en el extranjero...  
... en los países, desde el punto de vista...  
... tanto en el aspecto de la ley como...  
... y en el aspecto de la práctica...  
... en el aspecto de la ley como...  
... en el aspecto de la práctica...  
... en el aspecto de la ley como...  
... en el aspecto de la práctica...  
... en el aspecto de la ley como...  
... en el aspecto de la práctica...  
... en el aspecto de la ley como...  
... en el aspecto de la práctica...  
... en el aspecto de la ley como...  
... en el aspecto de la práctica...  
... en el aspecto de la ley como...  
... en el aspecto de la práctica...  
... en el aspecto de la ley como...  
... en el aspecto de la práctica...  
... en el aspecto de la ley como...  
... en el aspecto de la práctica...  
... en el aspecto de la ley como...  
... en el aspecto de la práctica...





